

ABAJO

Lupita Arciga



Capítulo 1

ABAJO

El calor es insoportable. No transpiro, sudo de tal manera que hasta da miedo. Ríos de agua salada resbalan por mi frente, surcan mi rostro hasta desbocar en mi cuello y perderse por el discreto escote de mi blusa. Ésta se me pega a la piel como jamás antes ha sucedido. No. No te recomiendo que me imagines. No soy una rubia con un cuerpover alucinante, ni visto playeras untadas. Tengo labios provocativos, pero normales, no tratados con ácido hialurónico ni todas esas fregaderas que se ponen ahora para lucir más sensuales. Yo soy 100% natural y bien puesto.

Ni siquiera el abanico que tengo a un lado mengua un poco lo copioso de mi sudor. El respaldo de la silla está ardiendo, como todo lo que toco alrededor: la estantería, el mostrador, el banco... ¡todo! Dejo la silla con mi toallita en mano y salgo al portal, en busca de aire natural, que espero esté un poco más fresco que el artificial. No. La oleada que me da la bienvenida se siente ardiendo, como si alrededor hubiese pilas de paja seca que se estuvieran quemando.

—¡Uf...! —resoplo un poco y paso por mi rostro la toalla.

Si la exprimo, seguramente va a soltar no gotas, sino un buen chorro del sudor acumulado. La brillantez del sol encandila y no se ve a nadie ni por calles ni por banquetas. La soledad reina en todo su esplendor a éstas horas de la tarde: 2 y cacho, quizás, de un día cualquiera de julio como horno bien caldeado.

A la sombra de los árboles cercanos permanece echada la Mancha, una perra que llegara al barrio por allá en primavera. Entonces era un costal de huesos que mendigaba de cada vecino, aunque fuera un pan seco. Ahora, cuatro meses después, nadie podría decir que es la misma perra: gorda, rozagante de vida. Es grande, muy bonita y no falta en el barrio quien la procure para darle un puñado de croquetas o, una bolsa con restos de pollo rostizado. En un tris se hizo querer por todos. Aquí con nosotros la llamamos Mancha porque tiene una, como brochazo, que le recorre el costado izquierdo. En las casas de en frente la llaman Estrella; con los Montero Canela, por su color y el cascarrabias de don Servando, hija de la chingada. Al parecer, una vez que le iba a dar de comer, llegó demasiado entusiasmada y casi lo derriba. Yo no sé, pero dicen los que se dieron cuenta que le gritó: ¡Me matas, hija de la chingada! Desde entonces, cuando la ve cerca y tiene algo qué darle, así es como la llama.

El cielo está tan azul y limpio que hasta da envidia. En ninguna ciudad tienen un cielo como el nuestro. Vuelvo dentro. A sentarme frente al abanico, en espera de clientes. Pero el calor no da tregua y sólo los más osados se aventuran, a estas horas, por la calle. Vendo un par de refrescos, sopas de vaso (está canijo meterse a la cocina a guisar algo). Enciendo el radio para oír las noticias y me dan risa algunas de ellas: "La ciudad de México es un horno. Treinta grados centígrados llega el termómetro". "Y en Estados Unidos, han tenido máximas de 43". Bueno, suspiro yo, y luego está Sonora.

Capítulo 2

Por la tarde, hacia el Este se levantan algunos nubarrones blancos, orladas de gris azulado. Cuando el sol se mete hay en ellas ligeros relámpagos. Pero no pasa a mayores. En el Facebook presumen los del Norte que les está lloviendo lindo y bonito. En la ciudad. Si se aprovechara hasta brincos de alegría diera, pero dicen que las lluvias en las ciudades son estériles. Se pierden. No hay manera que vayan y desembocar a las presas.

Casi a las ocho, mientras cerramos el negocio, empieza a llegar un viento fuerte, impregnado con el aroma de la tierra mojada. Miro al cielo. Hay nubes gruesas corriendo como locas por él. Tienen un extraño color pardo, matizado de un azul plomizo. Pero no llueve. No importa mientras sí lo haga hacia la sierra y las presas que son las más necesitadas en estos momentos.

Al entrar a la casa vemos a Chavi, mi hermana menor al teléfono. Con palabras mudas le pregunto: "¿Es mamá?". Ella entorna sus azules ojos replicando: "¡Claro, boba!".

—Dame —le pido la bocina y ella me da la espalda para no hacerlo—
¡Chavi!

—Estoy hablando yo —gruñe.

—¿Operaron a Nadia? Chavi, quiero saber...

—¡Ay, toma! —casi me lanza con el auricular.

—¿Mamá? ¿Qué pasó? ¿Operaron a Nadia? ¿Cómo está?

Libero un suspiro de alivio al saber que mi hermana, que ha sido operada, casi de emergencia del apéndice; se lo extirparon y está bien, pero debe quedarse en el hospital unos días. Ellos, mis papás, están en casa de una prima que vive cerca de allí. Se turnan para que mi hermana no se quede sola.

—Aquí todo está bien. ¿Eh...? —escucha atenta por un segundo y luego miro al abuelo— ¿La tía Altagracia?

El abuelo, con señas y palabras mudas dice: "Dile que sí, que vino y se estuvo un ratito".

—Sí, má —respondo—. No me tocó verla, pero dice el abuelo que sí

vino y se estuvo un ratito. Que no te preocupes. Sí. Cuídense.

Eso de echar mentirijillas, como dice el abuelo, no me agrada, pero tratándose de la tía Altagracia no me cuesta mucho trabajo decir las. Es la hermana mayor de mamá, pero hay un pique entre ellas desde que tengo uso de razón. No voy a contar toda la novela, pero todo es porque mamá se casó con un muchacho pobre y la tía Altagracia con un rico. Desde entonces, al resto de la familia la mira para abajo y se la vive "chiflando por un colmillo", como dicen por ahí. A los abuelos eso los pone tristes, pero mucho más que sus hijas estén enemistadas.

Siento más el calor después de mentirle a mamá. Arreglo mi ropa de dormir y voy al baño para darme una ducha rápida. Al abrir las llaves sale un chorro de agua fresca. Cruzo los dedos para que continúe así, pero apenas meto un pie su temperatura cambia de manera drástica y se vuelve caldo preciso para pelar pollos, preparar un cafecito o el té de las cinco y media. Pongo un abanico para que el baño no me parezca tan infame. Pero es casi intolerable.

Los aires sólo se encienden cuando vamos a dormir. El abuelo no es un tacaño, sólo un poco más ahorrativo de lo normal; con todo. Yo nosotras, mis hermanas y yo lo sabemos. Desde pequeñas. O más bien, desde que tuvimos que venir a vivir con los abuelos. La pasada pandemia había golpeado de fea manera la economía de nuestra familia. Papá manejaba un tráiler, pero los viajes estaban restringidos y el patrón no lo llamaba. Trabajaba de medio tiempo en un taller mecánico y el otro en la tienda de abarrotes del abuelo, de la que yo estaba a cargo casi todo el día. Mamá es una excelente costurera, pero igual, con la pandemia, sus labores se habían reducido casi a ninguna. Para colmo, la abuela, al dar un mal paso mientras regaba sus plantas, tropezó y se fracturó una pierna. Ahora no quiere dejar la cama porque le da miedo caerse de nuevo.

Capítulo 3

Comparto habitación con mis hermanas. Tengo mi cama, pero ahora que Nadia está recién operada, tendré que cedérsela y yo dormir en la litera con Chavi. Mi hermana menor ya duerme y con ella, echa una bola de pelos entre blanca con manchones color crema, la Peluzza. De raza indefinida porque, aunque el veterinario se empeña en clasificarla como french, definitivamente no lo es. A la abuela no le gusta que duerma con nosotras, pero la bonita ya está acostumbrada y llora cuando no la dejamos entrar. Subo a la superior y prendo mi lámpara flexible para leer un poco. Uno, dos capítulos por esa noche y luego a dormir.

A veces aforo para dejarme devorar por esa boca oscura que es el sueño; abismo sin fondo por el que dudo perder el equilibrio. Pero el llamado es poderoso. ¿Por qué lucho? Las fuerzas me abandonan, estoy por caer... y un ruido extraño me arranca de tal trance, obligándome a sentar en la cama.

—¿Qué fue eso? —digo.

Nadie responde. En la habitación sólo se escucha el ronroneo asmático del aire. Me asomo hacia abajo: Chavi, con la boca abierta, duerme profundamente, pero, cosa curiosa, la Peluzza levanta su cabecita hacia mí y emite un suave gruñido.

—¿Tú sí escuchaste? —inquiero.

Ella me mira por unos segundos más y vuelve acurrucarse junto a mi hermana. Vuelvo a mi primera posición. Noto entonces cómo mi corazón golpea violentamente mi pecho. Asustada. ¿Qué me había despertado? No estaba segura. ¿Un golpe? ¿Una especie de crujido? ¿Un grito? El sueño me acecha de nuevo y no hay nada que le impida atraparme. No sé el tiempo que transcurre cuando las ganas de orinar me despiertan. Por la manera en que caen mis párpados mientras bajo por la escala, imagino que horas. Al salir de la habitación, la Peluzza se escurre entre mis piernas y apenas advierto la bola de pelo blanco perdiéndose hacia la cocina. La sala se siente caliente. Cuando entro al baño, ya sudo como si me hallara a pleno sol. Abogo por la emancipación de mi vejiga y con pasos zigzagueantes regreso a la recámara. Me freno con algo de sobresalto, al descubrir un cuerpecito peludo que, de pie en sus patas traseras mira atenta por la ventana. Me acerco para asomarme también a fuera. Por las calles solitarias pasan algunos perros. Como en grupos: de tres, cinco, un poco más. Es extraño. La Peluzza lloriquea un poco, como deseando salir e ir con ellos.

—Vamos, bonita —la tomo en mis brazos—. Hay que dormir.

Capítulo 4

Llueve. Después de una mañana con cielo limpio y sol ardiente, llegan carretadas de nubes negras, con fuertes vientos y agua abundante. Sin truenos, ni relámpagos y eso es lo mejor. La gente está tan encantada que no desaprovecha la oportunidad para salir, darse un baño, jugar en los charcos. Yo, desde el portal de la tienda, sólo los miro. No se me antoja para nada acompañarlos: el agua está fría. El cielo luce muy cerrado. El viento las bate, juega con ellas, llevándolas ya hacia un extremo, ya al otro; les quita velocidad, las obliga a correr como locas. Algunos chicos mayores pasan en sus tri o cuatrimoto a toda revolución, levantando olas gigantes que bañan a los niños en las calles, haciéndolos reír a carcajadas. También sonrío. Después de semanas soportando temperaturas extremas, las calles vacías, apagadas, sin vida; la diversión sana levanta el espíritu. Voy al otro extremo del portal y veo salir de la casa de la esquina, la camioneta plateada del profesor Caballero. Siento un vuelco en el estómago al reconocer al chófer: es Leo Caballero. El hijo mayor del profesor y la señora Magda. Vuelvo sobre mis huellas como de rayo, entrando al negocio antes de que él voltee. No quiero verlo ni que me vea.

Hasta hace tres semanas, él y yo éramos novios. Nos conocemos desde niños. Jugábamos juntos con los demás niños del barrio. Hacíamos equipo cuando de otros puntos venían a retornos para tal o cual juego. Cursamos la mayor parte de la primaria en la misma escuela; un par de años el mismo grupo y luego, en la secundaria, cuando menos lo esperaba e imaginaba, me dice que le gusto y si quiero ser su novia. Yo, sin dejar de comer Cheetos, le dije que sí. Yo lo quería desde siempre. Soñaba con él. Era al primero que invitaba cuando me hacían fiesta; ahorraba buena parte de mi domingo cada vez que se acercaba su cumpleaños. Últimamente, yo, que sólo entro a la cocina para comer o tomar agua, me había interesado en aprender a cocinar algunas cosillas... pero no más.

Después de la graduación vino a despedirse de mí porque unos primos venían por él para salir de paseo unas semanas. Prometió llamar, enviar fotos, videos... pasó una semana y no tuve noticias de él. Se está divirtiendo demasiado y sus primos no lo dejan ni a sol ni a sombra, pensé. Luego, como un baldazo de agua fría por la espalda, veo en el Face que Leo Caballero tiene una nueva relación con Milita Castrejón. Mis intestinos se destensaron, el corazón se descompasó. Mi boca y labios que siempre están húmedos se agrietaron, como el lecho de la presa de Monterrey. Esperaba que fuera una pésima broma de alguien. Hay cada experto es Photoshop... pero esa misma noche, el propio Leo terminó de incinerar mis ilusiones. El idiota apenas podía hablar: galleaba, su voz perdía fuerza, se atropellaba con las palabras. Yo, sólo escuchaba. Nada pude decir. Azorada, supongo. Con la cabeza llena de momentos juntos. Al final, sólo alcancé a escuchar su sofocado Lo siento y luego la línea

muerta. Mis hermanas, ante la computadora de escritorio, sólo me miraron cuando llegué para comer. Ninguna dijo nada ni tampoco a los abuelos o mis padres, hasta que comenzaron a oírme llorar por las noches. Según yo lo hacía en silencio, pero el moqueo me era imposible controlarlo. No sé si fue Nadia o Chavi, pero una de las dos se lo dijo a mamá. Que lloraba casi todas las noches, aunque no el porqué.

Capítulo 5

—Renata, ¿qué pasa? —interrogó mientras lavaba los trastes de la comida y yo picaba el pollo con verduras.

—Nada...

—Tus hermanas dicen que lloras por las noches.

—¿Yo? No, mami...

—No me mientas.

Cuando Bernarda Gonzáles clava la mirada en uno y levanta toda su ceja derecha, es como un judicial dirigiendo su interrogatorio. Por más que te esfuerces sabes que no puedes mentirle y terminas contándole todo.

—Leo terminó conmigo —solté sin lograr vencer aquella mirada.

—¿Y eso? ¿Por qué, qué pasó? ¿Conoció a alguien más?

Sin atreverme a mirarla, picando un poco más mi comida con el tenedor, acepté con un movimiento de cabeza.

—¿Y sabes quién es?

—¡Ay, mami...!

—La conozco también, ¿no? ¿Quién es?

—¿Para qué quieres...?

—¿Quién es Renata?

—¡Ay...! —me resistía a hablar.

—Dime... —clavó un puño en su cintura.

—M... ima... ita —arrastré todo lo que pude las palabras.

—¿Quién? Habla bien.

—Pero, mami...

—Habla bien —no levanta la voz, pero recalca las palabras como

general de división.

—Mi prima Milita.

—¡Qué!

—Mi prima Milita, mamá.

Lo que vino después fue más aterrador que todos los incendios que devastan bosques por Europa y Estados Unidos. El rostro de mamá se puso pálido en un segundo, pero al siguiente ya estaba colorada; como cuando vamos al mar, nos bañamos y entonces el sol hace de las suyas. Ludmila Castrejón Gonzáles, mejor conocida como Milita Castrejón, es la hija menor de la tía Altagracia: sus ojos, su corazón, su cerebro; su reinita de diamante. Mamá comenzó a hablar.

Capítulo 6

—¡Ja! ¿Por qué no me sorprende? No dudo ni tantito que tu tía tenga que ver en ello.

—Mamá...

—Si casi la oigo: “¿Qué te gusta Leo Caballero? ¡Claro que sí! ¡Si es un gran muchacho! Basta ver los padres que tiene, los abuelos, grandes agricultores. Estás en todo tu derecho, mi reinita de diamantina...”

—Diamante...

—¿Qué cosa?

—Que la tía llama a mi prima su reinita de diamante, no de diamantina.

—Diamante, diamantina, ¡qué importa! Igual brilla. ¡Ay, pero si tu tía parece que no tiene otra vida más que estar humillándonos!

—No me gusta que te pongas así...

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me ponga a bailar, aplaudir y dar de brincos mientras ella se ríe?

—No te consta que lo haga...

—¡Claro que lo hace! ¡Conozco a mi hermana, Renata! Se siente superior porque el mismísimo Rolando Castrejón puso sus ojos en ella, le robó el corazón y la hizo su esposa. Tu tía siempre fue vanidosa, pero el dinero la ha transformado en un monstruo.

—Má...

—En uno, sí. ¿Crees que Ludmila no sabía que Leo y tú eran novios? Le valió una pura y dos con sal de seguro. Su madre alcahueta le ha de haber dicho: “Está bien, mi reinita, conquístalo. Sólo se trata de Renata, la hija de los pobretones de Lucio y Bernarda”. ¿Ah, pero no creas que me olvido de Leo! Tan formalito y decente que vino a pedirle a tu papá permiso para visitarte. ¡Hipócrita...!

—¡Má...!

—Eso es lo que es. Un hipócrita y cobarde, porque tengo rato que no

lo veo por aquí. ¿Cortó contigo de frente? ¿Cara a cara?

—No.

—Ya decía yo. Te ha de haber enviado un sentido mensajito al celular, ¿no?

—No. Me habló por teléfono. Le costaba trabajo hablar. Le temblaba la voz.

—Así son todos los poco hombre.

—Ya mamá, por favor.

—Y nada de llorar por él, ¿me oyes? Cambia esa cara. No les des el gusto de verte dolida y humillada.

—Y, ¿cómo le hago? —se me vienen de pronto las ganas de llorar.

—¡Pues con ovarios que pa' eso los tenemos bien puestos!

Capítulo 7

Aunque tuviera los ovarios bien puestos, cada vez que me acordaba, los ojos se me aguaban, el moco se aligeraba y sentía hasta punzadas en el corazón. Por eso me metí rápido a la tienda. Toda esa noche siguió lloviendo, como si el cielo deseara liquidar todos esos años que debía. Lluève fuerte sin parar, sin truenos ni relámpagos; serenamente. No hay necesidad de encender los aires, el abanico es suficiente para mitigar el ligero calor. Como suele sucederme en algunas noches, las ganas de orinar me despiertan. Ya que la puerta está abierta, la Peluzza no duerme con Chavi. Al salir a la sala, la veo de nuevo ahí, mirando por la ventana. Mo asomo. La manga de agua ha disminuido un poco, pero continúa. Por la calle anegada, los perros van y vienen como si buscaran algo.

—¿Qué es lo que hacen, bonita? —inquiero.

De estar despierta Chavi, ella respondería por la Peluzza, con alguna de sus ocurrencias: “¡Ay, ama Reny, de seguro siguen a más de dos perras sexis y falto yo con ellas!”.

Se lo comento al abuelo y él sólo alza los hombros como respuesta. No es hombre que malgaste sus palabras en tonterías.

Todo el día sigue lloviendo. La actividad decrece, es nada prácticamente y mi cabeza no deja de trabajar, pensando en Milita y Leo; juntos, paseando tomados de las manos por las playas de San Carlos. Pero luego interviene mamá y todo lo que dijo de él llamándolo cobarde, poco hombre y me enderezo. Ella tiene razón. ¿Por qué no vino y de frente, mirándome a los ojos dio por terminado lo nuestro? Entonces siento coraje, decepción porque estaba segura que él nunca me traicionaría de manera alguna. Así de segura me sentía de su cariño y respeto. Doy vueltas por el changarro, busco en qué entretenerme para sacarlo de mi cabeza. Limpio estantes, acomodo latas, repongo refrescos en la vitrina y cuando menos lo pienso, lo tengo frente a mí. A Leo Caballero, vestido con un impermeable de discreto color amarillo, botas de hule y un sombrero impermeable también. En una de sus manos trae su envase de coca cola de 2.5 litros. A pesar del agua que le chorrea por todas partes y que el sombrero le cubre casi toda la cara, noto su rostro pintado de rojo. Igual que mamá, siento que mi ceja derecha se tensa y levanta cuanto le es posible. Como él no se mueve le quito el envase de las manos, lo pongo en su caja y lo saco de la vitrina, dejándolo en el mostrador. Voy del otro lado.

—¿Algo más? —inquiero lo más fría y seca que me es posible.

—Eh... un paquete de tortillas y... la abuela dijo que un tazoncito de

frijoles, de los que tú ya sabes.

Asiento con la cabeza y le entrego lo solicitado. Como no pide más, hago la cuenta.

—Sesenta y seis —cobro.

Recibo de él un billete y busco el cambio en la caja.

—Reny... —inicia.

—Treinta y cuatro de cambio —entrego—. Y no... para ti ya no soy Reny.

—Me gustaría que habláramos...

—No sé de qué —no lo miro mientras anoto la venta—. Fuiste claro cuando me llamaste al celular para decirme que habías conocido a alguien más y terminabas conmigo.

—Yo quisiera...

—Qué —con todo el cuerpo en tensión lo encaro—. ¿Explicarme cómo sucedió todo? No, Leo. No gastes saliva en hacerlo. Tomaste tu decisión, me lo hiciste saber, fin de la historia.

—Te ves muy molesta. Tú no eres así...

Capítulo 8

—¿Así cómo? ¿Dolida, traicionada, decepcionada? ¿Acaso pensabas que me lo iba a tomar con diplomacia? ¿Qué Reny la comprensiva no iba a fallarte? Pues éste es mi lado oscuro, Leo. Sin sonrisas condescendientes, sin ser simple escucha y tragándome lo que realmente pienso... Mi mamá tenía razón cuando me decía que lo nuestro era una llamarada de petate y más cuando dice que eres un cobarde y poco hombre.

—Lo siento.

—Y yo mucho más. Pero ya pasará, como todo lo malo.

Él despega sus labios con la intención de decir algo, pero no lo dejo.

—A mí me costará un poco más, pero tú, con Milita ni siquiera te darás cuenta que existo en tu mismo plano.

—Bueno...

—Si es todo agradezco tu compra, pero si no vuelves, te lo agradeceré mucho más.

Mientras hablo comienza a temblarme la voz y los labios. Igual siento que me arden los ojos.

—No llores —suplica él.

—No te preocupes. Si lo hago será sólo de coraje.

—Lo siento...

—¡Por qué no te vas ya! —golpeo con el puño el mostrador.

Él consiente, toma su compra y deja la tienda. Aguardo lo que pienso son los sesenta segundos suficientes para que se aleje lo suficiente del negocio y corro al rincón más cercano para llorar. Sin embargo, la suerte es tan cruel conmigo que me envía en ese momento un desfile de clientes y, ¿qué se puede hacer con un llanto que se ha dejado libre? Y empiezan las preguntas: ¿Qué tienes, mijita? ¿Te pasó algo? ¿El entrapajado ese de amarillo te molestó? ¿Llamo a don Pepe? Entre lágrimas, moqueo e hipadas digo que no a todo. Sólo me había golpeado fuerte y no pude evitar las de San Pedro. Doy gracias a Dios cuando al fin llega la hora de cerrar. Ceno, aunque no con muchas ganas, pero evito que los abuelos o la suspicaz Chavi noten cualquier cambio en mí.

La lluvia ha parado, al menos momentáneamente. Invito a la Peluzza a salir para que haga sus necesidades antes de acostarnos, pero como está demasiado mojado la remilgosa canina no quiere salir. Ni siquiera al portal con viejos ladrillos. No estoy de humor para rogarle, así que me meto a darme mi acostumbrado baño nocturno.

Mientras me cepillo, sentada ante el espejo del tocador, veo que Chavi permanece sentada en su cama, mirándome.

—Qué —le digo.

—¿Cuántas veces vas a cepillarte el pelo? ¿Mil? Tienes como una hora dándole pasadas.

—Perdí la cuenta —dejo a un lado el peine y recojo el cabello en una coleta.

Capítulo 9

Al levantarme veo a la Peluzza asomándose por la ventana, igual que las noches anteriores. Apago la luz para mirar afuera también. De nuevo hay demasiados perros en la calle.

—¿Qué miras? —inquire mi hermana.

—A los perros. Cada noche parece que hay más.

En un suspiro está a mi lado para verlos.

—Eso ya es una jauría —comenta.

—No buscan perras en celo, ¿verdad?

—¡Claro que no! Al menos aquí en el barrio no las hay. No es tiempo todavía.

—¿Entonces?

—Da miedo, ¿no?

El sueño nos induce a buscar nuestras camas, pero ya tendida sobre mi espalda y viendo al techo, no puedo dormir. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Un retumbo extraño y prolongado cimbra la casa. La litera se sacude, como cuando esa especie de descarga eléctrica recorre mi cuerpo de noche en noche; pero no duermo, estoy segura. El grito de Chavi me lo confirma.

—¡Reny, qué pasa!

—¡No sé...!

—¡Tiembra...!

—¡Los abuelos! —salto de la litera y de manera errática dejo el cuarto y corro a su recámara.

La pieza está sumida en la total oscuridad cuando ellos suelen tener una lamparita encendida sobre la cómoda. El aire también está apagado y por la ventana no entra ni la más insignificante lucecita.

—¿Abuelos? —a tintas ubico su cama.

—Aquí estamos, hijita —responde la abuela y de pronto un haz de luz amarillenta golpea mi rostro.

—¿Qué pasó? —inquiére el abuelo.

—¡Estaba temblando! —entra Chavi dando voces. Lleva otra lámpara.

Enfoca a los abuelos y los dos viejitos están abrazados; asustados por el fenómeno.

—¿Terminó? —miro entorno.

El movimiento se ha detenido. De fuera llega un escándalo de sirenas, activadas por el sismo. Hago un barrido por toda la habitación con la linterna. Las paredes y el techo lucen bien. No noto grietas de ninguna clase.

—Voy a revisar todo...

—Con cuidado, mijita.

—Sí, abuela. Ustedes quédense allí acostaditos.

Capítulo 10

Con Chavi agarrada a mi brazo volvemos a la sala. Hay trazas de escombros por el piso, pero son de rajaduras en la pared que ya estaban. No se ven más grandes ni profundas. Los cuadros en las paredes están chuecos, pero en su sitio. En el librero, sólo un retrato de todos los que hay está boca abajo. Es el que tiene el pie suelto; al menor soplo siempre se cae.

Afuera es una boca de lobo. Vamos a la cocina donde, Chavi, saca otra lámpara de mano. No funciona el refrigerador, no hay luz. Lo desconectamos todo.

—Hay que cerrar la llave del gas —le digo a mi hermana.

Apenas abro la puerta, la Peluzza se cuelga entre nuestras piernas y sale primero.

—¡Peluzza...! —Chavi va tras ella.

—¡Chavi, no...! —quiero detenerla, pero apenas rozo la blusa de su pijama.

Su luz bailotea. Alcanzo a ver la fachada de la tienda y los neem que crecen cerca. Inclínados hacia el sur. Luego, su luz se me pierde. Corro hasta donde está el tanque de gas y cierro la llave. Entonces, voy en busca de Chavi. Miro al cielo. Ya no llueve, pero una especie de rocío sigue cayendo. No advierto ni el más mínimo titileo de una estrella. La estructura de la tienda también luce entera, lo mismo que las casas en derredor, pero nada se mueve en ellas ni se oye. Me vuelvo para ir al taller de herrería y una potente luz me baña de lleno. Dos en realidad.

—¿Renata? —una voz de hombre me llama.

La reconozco de inmediato.

—Profesor —espeto y la luz de mi lámpara me lo muestra.

A su lado está Leo. Su linterna va por mí de arriba abajo y de abajo arriba. Recuerdo entonces que estoy aún con mi pijama y bajo ella me encuentro casi desnuda.

—Enfoca a otro lado —conmino.

—¿Están bien, Renata? —el profesor inquiere.

—Sí, señor, pero mi hermana salió detrás de la Peluzza y no la veo.

—Será mejor que te cambies antes de aventurarte en eso.

—Sí —vuelvo sobre mis pasos.

—¿Cómo están tus abuelos? —me siguen.

—Asustados, pero bien.

—Antes de encender cualquier lámpara hay que cerrar el tanque de gas.

—Ya lo hice y también desconecté todo.

—¿No te dije, pá? —la voz de Leo parece reír.

—¿Y a ustedes cómo les fue con el sismo?

—Sin mayores daños, pero lo que experimentamos no fue un sismo.

—¿No? ¿Qué entonces?

—Ni idea —interviene de nuevo Leo—, pero fue una cosa muy rara, ¿no, pá?

—Así es.

—¡Los carros afuera se levantaron como globos, se giraron y cayeron quedando con las llantas hacia arriba!

—¿Es cierto eso?

—Lo vimos —acepta el profesor.

Capítulo 11

Mientras ellos acompañan a los abuelos, yo voy a la recámara y me cambio de volada. Cuando salgo, el profesor y Leo han encendido algunas lámparas. Luego, nos acompaña afuera.

—Quiero que vayan por el barrio y digan a todos que cierren sus tanques de gas y desconecten los aparatos eléctricos. De preferencia que no salgan. No sabemos qué pasó exactamente y si existe la posibilidad de que se repita. Que no se arriesguen.

—Sí, pero —balbucea Leo.

—Tengo que buscar a mi hermana —espeto.

—Lo harán mientras ponen al tanto a todos.

—Es que...

—No pierdan tiempo —da de palmas con sus manos—. ¡Vamos, vamos!

Obedecemos. Lámparas en mano atravesamos la calle, hasta la casa de las señoritas Calderón: Leticia y Margarita.

—Señorita Lety, Margarita —soy yo quien llama por tener más contacto con ellas.

—¿Quién es? —pregunta una voz en la oscuridad.

Como son gemelas, no identifico quién es quién.

—Soy Renata Miranda...

—Y Leo Caballero, ¿están ustedes bien?

—Sí, ¿qué pasó?

—Aún no se sabe. Un temblor al parecer.

—¿Con ese tronido tan feo? Las otras veces no ha sido así.

—¿Tienen lámparas?

—Sí, pero con ésta oscuridad no las encontramos.

Leo se encarga de cerrar el tanque y yo de ayudarlas con las lámparas. Son mujeres que ya han pasado la cincuenta, viven solas y no cuentan con familiares cerca. Nunca se casaron ni tuvieron hijos. Toda su vida trabajaron en el Ayuntamiento.

Seguimos el recorrido. Los Montero no están. Hace tres días que salieron de vacaciones. Leo enfoca el amplio patio y vemos al fondo la vieja camioneta de don Humberto, con las cuatro llantas apuntando hacia el cielo. Luego, siguen un par de casas que tienen mucho tiempo vacías. Los letreros de SE VENDE o SE RENTA, también están inclinados. Antes de llegar a la esquina, vemos a una media docena de hombres afanando en voltear una camioneta grande.

—Tú habla con ellos —permanezco tras él, atisbando la espesa oscuridad alrededor, con la esperanza de ver a Chavi.

Capítulo 12

Es un silencio tan extraño el que se percibe. Uno pensaría que después de la tempestad y que llega la calma, todo tendría que volver a la normalidad, pero no es así. No hay cantos de grillos, no hay cantos de ranas; no hay viento corriendo ni ese ambiente fresco propio de una noche lluviosa.

—¡Hola, soy Leo Caballero! Seguramente conocen a mi papá, el profesor Marcelo Caballero... presidente de la junta de Protección Civil...

Aquellos tipos dan miedo. Grandes, musculosos, llenos de tatuajes macabros, argollas en el tabique nasal, clavos en cejas, orejas y circonas en la lengua; de cabeza y rostros lampiños o cundido de pelo. No tienen mucho tiempo en el barrio. Nadie sabe a qué se dedican. Dicen que son músicos, pero nunca los hemos visto con instrumentos. No parecen prestarle mucha atención a Leo. Ni siquiera lo miran. Creo, que es a mí a quien en verdad miran. Tengo un estremecimiento horrible. Voy más cerca de Leo y me agarro fuerte a su brazo.

—Qué —él me mira con sobresalto.

—No hables tanto —recomiendo entre dientes—. Sé breve y vámonos.

—Sí. Cierren su tanque de gas y desconecten todo lo electrónico. No salgan de casa por su seguridad.

Casi lo halo para alejarnos de ahí a paso veloz y después de unos cinco metros a correr.

—¿Quién anda ahí? —una débil luz apenas nos toca.

—Reny Miranda y Leo Caballero —responde él.

—¿Es usted Amadita?

—Sí. ¿Saben qué sucedió?

—Un sismo al parecer.

—Se sintió muy raro y ese tronido... ¿no sería el transformador?

—Tal vez...

—Lo sabremos hasta mañana, quizás. ¿Todos bien aquí?

—Sí. Mirna se puso algo histérica, pero ya se le pasó.

—Mi papá nos encargó avisarles que cierren el tanque de gas y desconecten todo. Sólo entonces pueden encender lámparas o velas.

—Está bien. Gracias, mijo.

—Por su seguridad no salgan y cúdense.

—Lo haremos.

Damos un par de pasos cuando un bulto nos salta al camino, gritando:

—¡Shazam...!

Capítulo 13

Los dos damos un respingo, pero no soltamos grito alguno al reconocer en el simpático a René Dueñas, el hijo menor de Amadita y al que apodan Quinto por ser el quinto hijo y llegar inesperadamente.

—¡Ay, tenías que ser tú! —le doy un manotazo.

—¿Puedo acompañarlos?

—No sin linterna...

Leo no termina de hablar cuando una potente luz le da de lleno en la cara.

—¡Quinto! —la aparta.

—¡Tengan cuidado! —nos despide Amadita.

—¿De casualidad no viste a Chavi y a la Peluzza? —seguimos la calle.

—Nop. ¿Están perdidas?

—La Peluzza salió corriendo en cuanto abrí la puerta y Chavi detrás de ella.

—¿En serio? ¿Y en esta oscuridad? ¡Qué loco! ¡Je, je, je...!

—No puede ser, Quinto —me llevo una mano a la nariz—, ¿estás fumando mota?

—Pa' relajarme, Ranita. El temblor me asustó bien gacho, pero los gritos de la Mirna alborotaron mis nervios. La verde sosiega mi espíritu. Pone a raya mis demonios.

—¡Hum...!

—¿No quieres pasar de un plano a otro? Aquí traigo más.

—No, gracias, prefiero lidiar con mis broncas de otra manera.

—No sabes lo que te pierdes, Ranita.

Da otra calada a su cigarro. Tose un poco antes de liberar un ¡ah! De placer. Todavía no comprendo cómo es que Quinto pudo caer en garras de tal vicio. Él, que por mucho tiempo fue considerado la promesa deportiva de nuestra pequeña ciudad. Si escudriño un poco en los últimos dos años,

Quinto comenzó a decaer cuando don Memo Dueñas, su papá falleció de manera inesperada de un infarto. Una familia, toda risas siempre, de pronto recibe un golpe igual... y nadie fue más el que era. Amadita de ser toda ocurrencias y albuces picarescos estaba vuelta una mujer aprensiva y temerosa. No salía casi de su casa. Quería a toda su familia con ella, que sus nietecitos no salieran a la calle porque un carro o una moto podría matarlos. Las hijas, de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Ellas, que siempre tenían la sonrisa en los labios y los ojos chispeantes, eran ahora como fantasmas ambulantes: pálidas, opacas. Y Quinto, había dejado la escuela, el deporte, mezclándose entre gente con no muy buena reputación; con los que, muy seguramente iniciara su adicción. Se lo dije a mamá desde el primer momento en que lo vi fumando mariguana. ¿Qué debía hacer? ¿Decirle para que no se perdiera en ese mundo oscuro de la drogadicción?

—Nada —fue su simple respuesta—. Lo que hagas o lo que le digas no servirá.

—Pero me preocupa, mamá.

—Y a mí también, hija, pero si intervienes sólo conseguirás que se aferre más a eso.

—¿Por qué?

—Porque para él es el refugio perfecto. Donde está bien y encuentra la paz que ansía.

—Paz que no es real.

—Pero es lo que necesita. Por el momento.

Capítulo 14

No lo entendí entonces. No lo entiendo ahora. Me costaba verlo fumar esa porquería y tener que tragarme lo que pensaba de ello. A veces lo olvidaba y soltaba alguna estupidez, pero la voz de mamá venía y podía contenerlas. Quito no era más el chico travieso que le había robado un beso a mi hermana Nadia, antes de que falleciera don Memo. Ella le dio un buen bofetón, pero a mí me dijo que le había gustado. Quinto le gustaba también, pero desde que se había vuelto mariguano, no quería nada con él. No se portaba mal ni armaba desmanes, pero todo le valía una pura y dos con sal. Su familia aceptaba su nueva condición, lo mismo que nosotros, sus amigos.

Llegamos a la fortaleza de los Abdala. Como todos los árboles que hemos visto a nuestro paso, los que adornan sus jardineras están igualmente inclinados. Sus muros altos imponen más que nunca sin todas sus luces encendidas.

—Si llamamos a su puerta, ¿crees que salgan? —barremos con nuestras luces los amplios balcones de la planta alta.

—¿No son los jueves cuando tienen sus reuniones del club de no sé qué?

—Qué raro que sus perros no estén con su escándalo.

Son cinco y siempre están ladrando. Rodeamos la casona hasta el cerco de malla ciclónica que protege el patio donde están los perros la mayor parte del tiempo. Ni uno se ve.

—¿Dónde están?

—Se los llevaron al club —supone Quinto entre risas—. ¡Qué loco!, ¿no? Tomando té y Scooby galletas, ija, ja, ja, ja...!

—iHum...!

—O... —se pasa una mano por su espesa mata de cabello claro, alborotándola más—, siguieron a los otros.

—¿Qué otros? —inquieta Leo.

—Perro, mi 300. ¿No los vieron?

—No...

—Yo sí —aseguro.

—¿No te dio miedo? —ríe de nuevo.

—Un... poco, sí.

—¿De qué hablan?

—Muchos perros por la calle —explico—. Como si esperaran algo.

—Lo que yo vi ya era un desfile. Mientras llovía. La calle llena de agua y perros que, como zombies, seguían el mismo rumbo. Sin gruñir, sin ladrar, caminando como perros tranquilos. Raro. Hasta se me enchinó el pellejo.

—¿Y estabas fumando mota, Quinto?

—Sí, pero nada qué ver, güey.

—¿Y hacia dónde iban?

—Por toda la calle Pineda —alarga mano y brazo para hacr la indicación hacia el sur.

—Tal la Peluzza salió para eso.

—¿Seguir a los perros?

—¡Sí! Y donde están los perros...

—Va a estar Chavi —consiente.

—¡Vamos!

Capítulo 15

Nos enfilamos hacia la calle en cuestión. Metros antes de llegar a ella, somos atajados por una docena de lámparas que arrojan una luz potente.

—¿A dónde creen que van, jóvenes? —interroga una voz masculina cargada de autoridad.

—¿Es usted, comandante Larios? —Leo hace visera con su mano. Las luces nos encandilan.

—Así es. No es seguro deambular por las calles con una oscuridad como ésta, Leónidas.

—Sí, señor, pero sólo obedecemos a mi papá que nos ordenó ir con todos los vecinos y dictarles algunas medidas de seguridad.

—Muy bien, pero hasta aquí termina su intervención, muchachos. El cuerpo de bomberos está a cargo ahora. Regresen a sus casas y permanezcan en ellas. Esta oscuridad es bastante anormal. No funciona ningún medio de comunicación ni siquiera la banda corta.

—¿En serio?

—Hasta no saber qué clase de fenómeno hemos sufrido, todo habitante de la ciudad debe permanecer en sus hogares.

—Pero mi hermana menor está perdida, comandante. Tengo que encontrarla.

—Nos haremos cargo. Ustedes vuelvan a sus casas.

—Sí, señor. Vamos, Reny —me toma del brazo.

—Pero...

—Vamos —me apremia.

Debo correr un poco para acoplarme a su amplio tranco.

—¿Qué haces? Suéltame.

—No dejan de vernos —noto que mira hacia atrás—. ¿Quieres que el comandante le ordene a uno de sus hombres que nos acompañe hasta nuestras casas? ¿Qué crees que harán los mayores cuando les indique que

no nos dejen salir?

—¡Je, je, je! ¡Qué loco! —ríe Quinto.

—Están vestidos con sus trajes de bombero...

—Brillan en la oscuridad, Ranita.

—Ya lo sé.

—Nos refugiamos en la esquina de la fortaleza y cuando estén seguros que regresamos a casa, seguirán en lo suyo.

—Está bien, pero deja de apretar mi brazo de esa manera.

—Lo siento —me libera.

Capítulo 16

La espera me parece eterna. ¿Dónde podría estar Chavi? ¿Realmente con los perros? Y, ellos, ¿hacia dónde se dirigían y en el estado que Quinto había descrito? Siento que se me revuelve el estómago y mis sienes palpitan un poco.

—Tengo miedo por Chavi, Leo —no puedo evitar un sollozo.

—No eches a volar tu imaginación —oprime mi hombro con suavidad—. Vamos a encontrarla.

—Si antes no la devora toda esa perrada.

—Quinto —reconviene con los dientes apretados.

—Um —un anillo rojo brilla en la oscuridad y de nuevo nos llega el hedor a mariguana—, yo veo un mundo de posibilidades, bandita.

—Trágate las junto con esa porquería, ¿me oyes? —espeto, molesta.

—Tranqui, Ranita. Mira, dale una calada a la hierbita y sentirás que flotas; que el panorama se te abre. Anda...

—No —manoteo en la oscuridad.

—¿No quieres flotar? Todos flotan, Ranita.

—Deja ya de decir estupideces, Quinto. Sólo asustas a Reny.

—La hierbita también es buena pa' eso, je, je, je...

—¿Aún no, Leo?

—Déjame ver...

—¿Ver? —quinto sigue riendo— Sólo con la verde puedes hacerlo, mi trescientos.

—Vamos —encendemos nuestras lámparas y volvemos a la calle Pineda.

Al fondo de la Agustín Melgar advertimos los potentes haces de las luces de los bomberos y sus trajes con franjas verdes y anaranjadas fosforescentes. Apuramos un poco más el paso. Algunas casas a derecha e izquierda lucen sus débiles lámparas y velas encendidas. Encontramos más carros con las llantas hacia arriba. Barremos con nuestras linternas

abarcando lo ancho de la calle hasta ver las casas. No hay nadie afuera. No se escuchan voces ni murmullos. Creo que la gente está asustada. Levanto la cabeza al cielo. No cae más ese rocío que humedecía la piel y sigo sin ver ni el mínimo brillo de una estrella. Las palabras del comandante vienen de nuevo a mi cabeza. ¿Qué querría decir con eso de oscuridad anormal?

—¡Fantasma! —descubre con su linterna Quinto.

Capítulo 17

En una esquina, inmóvil y como agazapado, vemos a un ser pálido que nos arranca un alarido de terror. De todos, Quinto es el que grita más fuerte; igual el supuesto fantasma, que reconozco de inmediato.

—¡Ya cállense! No es un fantasma, es mi prima Milita.

—¿Milita? —Leo no duda ir hasta ella.

En cuanto lo ve, mi prima se arroja a sus brazos, entre pucheros de actriz de cuarta.

—¿Eres tú, Leo? —le enreda tanto los brazos al cuello que hasta me dan ganas de decirle que lo va a ahorcar.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba en casa de la Doris Villareal. Nos divertíamos viendo videos, cuando se vino el temblor y se fue la luz, el Internet, el wifi... itodo!

—No hay ningún tipo de comunicación.

—Le pedí a su papá que me llevara contigo, pero quién sabe qué le pasó a su carro que no pudo hacerlo. No me quisieron acompañar y sólo me dieron esta linterna pinchurrienta que no ilumina nada y se apagaba a cada rato... me caí varias veces. Me raspé las rodillas...

—¿Por qué no la sobas, 300? —anima Quinto.

Alargo mi mano hasta él y le doy un buen pellizco en el brazo.

—¡Oye...! —se duele, aunque no todo lo que debería dolerse.

—¿Eres tú, prima? —quiere reconocermee— ¿Sí es Renata, Leo?

—Sí...

—¿Y qué haces con ella en esta oscuridad y solos?

—Oye —protesta Quinto—, solos no. Yo también estoy aquí.

—¿En serio? Llévame a tu casa, ¿sí?

—¿Por qué a mi casa?

—Es jueves. Mis papás se fueron al club, por eso me dieron “permi” de quedarme con Doris, pero con estas tinieblas me dio miedo. Su casa es tan rara...

—Bien —mira hacia nosotros.

—Yo no voy a regresar —adviento.

—Claro —acepta y de repente va hasta Quinto, lo sujeta de un brazo y se alejan unos metros de nosotras.

Capítulo 18

Cuando miro hacia la esquina, Milita no está ya en ella, sino a mi lado.

—¡Holi, primis! —saluda con desgano.

—¡Hola! —contesto, pero no la miro.

—Y... ¿qué hacen en la calle...?

—¿Qué haces tú y además sola?

—Quería llegar a casa de Leo, pero ésta linterna pinchurriente se apagó. Doris y su familia son mera pantalla. ¿Conoces su casa?

—Sólo por fuera.

—Pues olvídate. Lo de fuera nada qué ver con lo de adentro. Quiero decir, ¿ya ves que bonita fachada tiene? Por dentro es un asco. Pensé que tenían buen gusto, pero, ¡uf! Los muebles son tan viejos como mi abuela Cande...

Dejo de prestarle atención. Me interesa más la conversación que pueda tener Leo con Quinto. ¿Qué se dicen? Desde donde estamos no logro escuchar nada y es extraño, porque el silencio de la zona es total, exceptuando claro la perorata de Milita. Luego, una frase de mi prima llama mi atención.

—Sin rencores, ¿no, primis?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo a qué? —sus huesudos hombros se sacuden— A lo de Leo y yo, claro.

—¡Ah! ¿Crees que tengo motivos?

—Eh...

—Olvídalo, Ludmila.

—¿Ludmila? Sabes que odio que me llamen así.

—Sí —apenas esbozo una sonrisa—. Ludmila.

—¡Renata...!

—Listo —regresan los hombres.

—Listo, ¿qué? —inquiero confusa.

—Llevaré a Milita a mi casa y ustedes me esperarán aquí...

—¿Cómo que te esperarán? —salta la prima— Si vamos a tu casa es para que te quedes conmigo, Leo.

—Tenemos que buscar a Chavi.

—¿Chavi? ¿Qué se perdió?

—La Peluzza se salió y Chavi fue tras ella.

—¿Con esta oscuridad de miedo? ¡Qué estúpida!

—Mira quién habla —ríe Quinto.

Capítulo 19

—Entonces me quedo.

—Pero...

—Yo voy a donde tú vayas.

—No sé si Reny...

—¿Acaso hay una mejor opción?

—Regresar todos —la pálida cara de Milita se alarga un poco más—. Tal vez Chavi ya regresó.

—¡Ah! Ese es un buen punto, Ranita. ¿Lo reconsideras...?

—No —enfoco la calle por delante y me aventuro en ella.

—Eso es lo que me gusta de ti —Quinto me sigue—. Cuando tienes claros tus objetivos, no los abandonas, como Terminator: Hasta la vista, baby.

La nueva pareja de novios se nos une al pronto. Avanzamos un par de cuadras más. Por momentos escucho los cuchicheos de mi prima y Leo, pero no entiendo del todo lo que dice. No me interesa. Encontrar a mi hermana, sí.

—Eh... chicos... —balbucea Quinto—. No sé si han dado cuenta, pero... ¿ya notaron que no hay más casas por aquí?

—¿Qué? —barremos con las linternas alrededor.

—Ni casas, ni coches patas arriba... ni asfalto bajo nuestros pies.

—No es posible —enfoco la gravilla negra que piso.

—Pensé que sólo era a resultas de mi yerbita santa, pero...

—Tengo miedo, Leo —se engancha con mayor fuerza a su brazo—. Regresemos, por favor.

—Creo que es lo más prudente, Reny.

—Yo no volveré hasta encontrar a Chavi y deja de llamarme Reny.

—Tal vez ya esté en casa y ahora ella es la que está preocupada por ti.

—Con lo dormilona que es debe estar en el séptimo sueño, ¿no, Ranita?

Capítulo 20

Me doy cuenta que no sólo Milita tiene miedo; también Leo y Quinto. Yo, sin duda igual. Enfoco hacia todos lados: atrás, adelante, a un lado, al otro, arriba... el haz de luz no enfoca a más de tres metros y hay una especie de neblina flotando en todas direcciones.

—Volvamos...

—¡No! —me opongo y me separo de ellos un par de metros— Si quieren háganlo ustedes. Yo tengo que encontrar a mi hermana.

—¡Ay, qué terca!

—Es todo lo latosa y asfixiante que quieran —retrocedo un poco más—, pero es mi hermanita y la amo así. Si llegara a pasarle algo porque yo no hice hasta lo imposible... no me lo perdonaría jamás.

—Entendemos, Ren... Renata, pero tienes que aceptar que existe la posibilidad de que ya haya regresado a tu casa.

—¿Y si no es así? —las ganas de llorar se me agolpan en la garganta— ¿Y si te hago caso y ella no está con los abuelos?

—Esto ya no es Villa Aldama, Renata. Algo raro pasó y no sabemos lo que vamos a encontrar en toda esa oscuridad.

—¡Una horda de zombies está por atacar...!

—¡Cállate, Quinto! —gritamos a una voz.

—El comandante Larios sabrá qué hacer —Leo, con su lámpara avanza hacia mí y yo retrocedo la misma distancia.

Escucho la gravilla negra que cruje bajo mis pies y de repente se desplaza rápidamente, como la arena de las dunas.

—¡Reny! —Leo intenta tomar mi mano.

Apenas rozo sus dedos y mi cuerpo cae de lleno sobre la gravilla. Libero un grito de terror, mientras siento como si cayera por un tobogán sin término. Creo escuchar voces tras de mí, pero el sonido que produce la gravilla es más fuerte. No lucho contra ella y mantengo firme entre mis manos la linterna. No veo nada en ninguno de los dos extremos. Mi percepción durante el trayecto es que descendo y, que, por momentos lo hago en espiral para después continuar de manera recta. La piedrecilla es ligera. Salta contra mi cuerpo, pero no me golpea ni lastima; como si no

tuviera peso. Advierto de pronto cientos de ojos rojos brillando por todas partes y vuelvo a gritar aterrada; segura que son arañas gigantes, carnívoras, que me atraparán como su plato principal para esa noche. Cruzo mis brazos sobre mi cabeza para protegerme. Sin poder evitarlo, confieso todos los pecados de mi vida.

Capítulo 21

—¡Cuando tenía nueve le rebané un dedo a mi primo Luis Miranda con la azada del abuelo! ¡Aunque me acusó yo lo negué rotundamente y me creyeron! ¡También fui yo quien se gastó las monedas que mamá iba juntando en aquella ensaladera de porcelana! ¡Me compré medio litro de helado y me lo comí sola en una banca de la plaza, después de la escuela! ¡Cuando mamá preguntó le dije que no sabía nada! ¡No dormí bien por varias noches y me enfermé del estómago, pero jamás confesé! ¡No volví a hacerlo! ¡También confieso que odio a mi tía Altagracia y mi prima Milita! ¡No es el mejor sentimiento, pero son unas harpías y me gustaría ver que paguen todas las lágrimas que han provocado en mi familia! ¡Principalmente las de mamá y la abuela! ¡Mis intestinos se retuercen cada vez que las veo! ¡Confieso también haber descalabrado a Quinto! ¡Jamás fue mi intención, pero pasó...! ¡Ah...!

Se termina la pendiente por la que resbalo y salgo volando no sé a qué lugar, donde la luz está de vuelta. Caigo sobre un macizo de ramas tupidas, de hojas de color rosado. Antes de lograr quejarme o levantar el torso, un cuerpo cae sobre mí. Y luego otro y otro.

—¡Auch...! —libero.

—¡Wow...! —ese que grita eufórico sólo puede ser Quinto— ¡Qué viaje tan loco, je, je, je...!

—¿Están bien? —Leo se pone de pie como escapado de un resorte— ¡Reny...!

—¡Aquí estoy! —levanto una mano entre las ramas.

—¿Estás herida? ¿Te duele algo...?

—¡Leo! —Milita clama por él antes de poder responderle— Y sí estoy herida. ¡Mira...!

Alarga una mano para mostrarnos que ha perdido una de sus uñas sintéticas: “¡Oh, mi mami se va a enfadar! Me las acababan de poner”.

A nadie le interesa su queja y dos pares de ojos se posan sobre mí.

—Qué —inquiero ante su gesto adusto—. Estoy bien. No tengo ni rasguños. Esas piedras parecen de fomi...

—¿Así que fuiste tú la que me descalabró aquella vez? —reclama

Quinto con el ceño arrugado.

—¿Escuchaste?

—Estabas gritando, Reny.

—¿Sabes que me dieron cinco puntadas y hasta me hicieron una radiografía?

—Me lo contaste días después....

—¡Y no dijiste nada, Renata!

—Se me caía la cara de vergüenza. Lo siento.

—¡Cómo no lo imaginé! ¡Si eras nuestra pitcher estrella en el equipo del barrio!

—¡Fue un accidente, Quinto! Te vi a lo lejos rumbo a tu casa, levanté esa estúpida piedra del suelo y la lancé con la convicción de que no llegaría a ti...

—¡Y vaya que llegó!

—¡Eran como treinta metros de distancia!, ¡cómo imaginarlo...!

—¡Por tu brazo de serpentinerero de grandes ligas!

—Bueno —llevo mis manos a los bolsillos traseros de mis vaqueros—, pues ya lo sabes. ¿Vas a retirarme tu amistad?

—¡Claro que no, boba! —ríe— ¡Me habría gustado ir contigo y que el blanco hubiera sido otro! ¡Aquí el trescientos, por ejemplo...!

—¡Hum, gracias por el deseo!

—El odio es un sentimiento espantoso, prima —al oír la voz de Milita nos volvemos hacia ella—. El peor de todos, según sé.

—Tal parece que sí soy de carne y hueso —respondo—. Porque hay quien imagina que por lucir siempre serena y comprensiva, no me afectan los baldazos de agua fría que de pronto me lanzan.

—¿Te bañaron con agua fría? —Quinto frunce el ceño— ¿Quién?

Capítulo 22

Nadie dice nada. Nos mira a la cara a cada uno, pero como no obtiene respuesta, va un poco más allá de donde estamos y noto que se agacha ante lo que asemeja un arbusto.

—¡Son collares! —levanta un puño.

—¿De perros? —corro a él.

Hurgo entre la maraña de todos los colores, tamaños y calidades. Algunos con adornos, remaches, puntas metálicas, etc. Encuentro uno pequeño, unido con argollas metálicas y huesos fosforescentes adornando los cinchos.

—Este es el arnés de la Peluzza —enseño.

—Entonces está aquí —Leo mira alrededor.

—Y Chavi también —sonríó, enderezando el cuerpo—. ¡Chavi!

—¡Chavi!

—¿Reny? —creo oír un poco lejos.

—¡Chavi! —me encamino hacia el sitio.

—¡Reny! —la veo que se asoma desde el tronco de un extraño árbol.

Como no se mueve, corro hacia ella y los demás me siguen.

—¡Reny! —me abraza al estar juntas.

—¡Oh, Chavi! —libero un profundo suspiro y kilos de preocupación—
¿Estás bien?

—Sí, pero... —baja la cabeza.

—¿Qué?

—Me pasó algo.

—¡Ay, Chavi! No me preocupes. ¿Qué?

Me hala para poder hablar a mi oído.

—Me hice pipí —susurra.

—¡Ah! —consiento— ¿Por qué?

—Había algo que me asustó mucho.

—¿Qué?

—No sé. Seguía a la Peluzza y a los otros perros y esa sombra estaba ahí. Del susto me oriné. Corrí y me escondí aquí.

—Está bien —sonríe y frota un poco su espalda—. No pasa nada. En algún momento nos ha pasado a todos.

—A mí no —asegura ufana Milita cruzada de brazos.

—¿A ti no qué? —inquieta Chavi, abriendo como platos sus azules ojos.

—Eres pésima hablando en secreto, primis.

—¿¿Oyeron todos?? ¡Por qué no me dijiste, Renata! ¡Lo hiciste adrede!

—Calma, Chavitiña —espetea Quinto—, como la Ranita dijo: no pasa nada y a todos nos ha sucedido, excepto a la reinita de mamá, claro.

—¿Tú te has orinado?

—Cientos de veces.

—Mentiroso...

—Más de tres veces sí.

—A mí también mí pasó, Chavi —asegura Leo—. Y no hace mucho.

—¿En serio?

—Somos una bola de miones, excepto la reinita de mamá, claro.

Capítulo 23

Mi hermana ríe divertida y sale por completo de su refugio.

—Misión cumplida... Renata —Leo apenas esboza una sonrisa—. Chavi está a salvo, ahora hay que volver.

—¿Y por dónde? —inquiero.

Señalo el río de gravilla que no deja de caer, pero no se acumula en el suelo. Al acercarnos para descubrir por qué, vemos un agujero la superficie por la que se pierde. La caída tiene más de tres metros de alto y no hay salientes que nos ayuden a escalar. Además, ¿regresar a esa profunda oscuridad y los brillantes ojos rojos?

—¿Y qué tal si nos echamos un clavado en ese agujero? —sugiere Quinto— Tal vez no lleve afuera.

—O más profundo —se opone Leo.

—Te devuelve aquí —asegura Chavi.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Porque los perros estuvieron jugando un rato en él. Hasta la Peluzza... y yo.

—¿Qué?

—Quise detenerla y los otros perros me empujaron. Resbalamos menos que la primera vez, pero de vuelta aquí.

—¿Y qué vamos a hacer? —Milita tiene un conato de histeria— ¡No podemos quedarnos aquí! ¡Haz algo, Leo!

—¡Cómo qué! —levanta igual la voz, contagiado por un momento del pánico de su noviecita.

—Los perros tienen la respuesta —Quinto se lleva un cigarro hechizo a la oca y se hurga en los bolsillos.

—No lo prendas, por favor —suplico y señalo a mi hermana.

—Chavi ya sabe qué es, ¿no, Blue Deep?

—¿Quién no? —consiente mi hermanita de doce años.

—Quinto, ¿acaso tú...?

—¡Claro que no! —se aleja lo suficiente para encenderlo y darle un par de sorbidas que le provocan un acceso de tos.

—¡Qué asco! —espeta Milita, protegiendo su nariz con un par de dedos.

—¿Hacia dónde fueron los perros, Chavi? —quiere saber Leo.

—Todos se fueron por esa colina —señala—, como si alguien los hubiera llamado.

—¿Alguien? —nuestra prima busca la protección de Leo— ¿Qué?

—¿Y yo qué sé? Los seguí, pero vi esa sombra y me dio miedo.

—Ellos saben algo que nosotros no —los miro a todos— y si nos quedamos aquí jamás lo sabremos.

—¿Y qué hay de la cosa que vio Chavi?

—¡Yo pelearé con ella! —Quinto separa un poco las piernas y levanta los brazos en señal de fortaleza.

—¡Vaya héroe! —hace un mohín la prima incómoda.

—Será mejor que nos movamos. Guíanos Chavi.

—Yo no iré al frente.

—Sólo indícanos por dónde —sonríe Leo.

—Por la colina.

Capítulo 24

Caminamos. A nuestro paso encontramos rocas, extrañas, semejantes a la gravilla por la que cayéramos. Arbustos con colores llamativos, aunque no inusuales. Los árboles son extraños también. Sus troncos no lucen leñosos y con canales marcados, sino lisos; de consistencia más bien blanda. Por más que miramos arriba no descubrimos su fronda. Se pierde en la oscuridad. La luz que nos rodea y muestra el camino procede de algunas hojas anchas y altas, en colores fosforescentes, pero armónicos. Chavi se aferra un poco más a mí. Se escuda con mi cuerpo al tiempo que informa que más adelante había visto ese algo que la asustara. Todos contenemos nuestro andar un instante. Es Leo, que con los puños apretados retoma sus pasos y se adelanta. Luego sigo yo, con mi hermana pegada a mí como una lapa; Quinto fascinado las hojas luminosas y atrás, Ludmila Castrejón. Nos sobresalta la misma sombra que asustara a Chavi, pero dependiendo del ángulo, lucía más espantosa o realmente insignificante. Vueltos una sola barrera y sesgados un par de metros, para evitar un ataque, descubrimos que se trata de una roca de bordes irregulares que proyecta su sombra como una fiera al acecho.

—¡Allá! —señala Chavi.

Colina abajo, vemos a la impresionante jauría que, al paso, se interna en un tupido bosque de anchas hojas bioluminiscentes.

—¡La Peluzza!

Nuestra mascota, con su encantador cotoneo sigue a la perrada.

—¡Peluzza!

—No grites —cubro su boca— podrían asustarse y correr.

—Por la forma en que se conducen —comenta Leo—m no lo creo.

—¡Qué loco! —espeta Quinto— Parece una escena de un western gringo, pero en lugar de reses son perros. O también podría compararlos con una horda de zombis en busca de cerebros.

—¡No digas eso, Quinto! —chilla mi hermana— ¡Odio a los zombies!

—No hagas caso, Chavi. Quinto está desvariando siempre.

Capítulo 25

No tenemos idea del tiempo que transcurre. No llevamos reloj y los celulares de Leo y Milita no tienen señal. Todos caemos en cierta parsimonia, como los perros. Vamos a distancia prudente de ellos, sin perderlos de vista, pero no cruzamos palabra entre nosotros. Pienso en la gente de arriba. ¿Nos buscarán? Imagino que no. El comandante Larios es muy estricto. Si advierte el menor peligro no expondrá a nadie. Menos a inexpertos. Chavi se ha desprendido un poco de mí. Ahora va medio paso adelante, pero no a la cabeza. Esa la ha tomado Leo. En un principio creí que llevaba un garrote en la mano, pero sólo es la huesuda mano de mi prima. El coraje va y viene por todo mi cuerpo, como el torrente mismo de mi sangre, pero a ésta no la siento recorriendo arterias ni venas. Mis hermanas me han dicho que me veo igual que mamá y, ver a mamá vestida de coraje da miedo. No me gusta. Me preocupa también porque se altera por completo y podría darle algo.

—¿Planeas como asesinar a los dos? —la inesperada voz de Quinto muy cerca de mi oído me produce un horrible escalofrío.

—¿Qué dices, tonto? —espeto un poco agitada— ¡Claro que no!

—No tiene nada de malo. Sería como en Ensayo de un crimen, simples sueños despierta.

—Jamás ha pasado por mi cabeza.

—¿Ni que de pronto aparezca un viejo Tiranosaurio rex y los engulla de una tarascada?

—Bueno —sonrío—. Eso tal vez sí.

—¿A los dos o sólo a ella?

Hacemos un alto porque los perros han decidido tomar un descanso. Ocultos tras unos arbustos de apetitosos frutos, los observamos. Están echados a la vera de un río de aguas que resplandecen en un verde pasto fresco. Alrededor, esparcidas en el suelo hay enormes hojas de los cercanos árboles; ligeramente retorcidas y con el pecíolo levantado.

—No estarás pensando comerte eso, ¿verdad? —de nuevo la voz de Quinto resuena en el silencio.

Al ver sobre mi hombro, Leo tiene un puñado de frutos de los arbustos. Con el color del melón, el tamaño de una ciruela y la apariencia

de una uva.

—¿Por qué no? —replica— Tengo hambre y huelen a algo que puede comerse.

—¡No! —lo contiene cuando está decidido a llevárselo a la boca— ¿Y si es venenoso? Uno no puede ir por ahí dándole al cuerpo cualquier cosa sólo porque se ve apetitoso.

—¡Miren quién lo dice! —ironiza— El chico que a sabiendas a la larga le hará daño, le da a su cuerpo toda la mariguana que puede, para hacerlo creer que es feliz.

—¡Leo...! —reclamo.

—¡Tú no te quedas atrás, Renata Miranda! ¿No que muy amiga de Quinto? ¡Qué haces para que él ponga los pies en la tierra y deje de enyerbarse!

—¡Wow...! —espeta Milita con aire fascinado.

—Si a reclamamos vamos —mi ceja derecha toma cuesta arriba— tú tampoco has movido ni un dedo para levantarlo de la muerte de don Memo. Ni siquiera fuiste a su sepelio.

—¡No estaba aquí, pequeña lumbrera! ¡Pero le envié un mensaje y un audio con mis condolencias!

—Y cuando volviste, ¿qué? No me dijiste si estuviste con él para acompañarlo un rato, por lo menos.

—¡Claro que estuve con él! ¿Esperabas que te contara cómo se quebró y se echó a llorar como niña asustada y tuve que abrazarlo y me apretaba hasta hacer crujir mis huesos...?

—Suficiente...

Capítulo 26

—¿Me suplicaste o no que no se lo dijera a nadie? ¿El rompecorazones del barrio, chillando a moco tendido? No se lo digas a nadie, por favor. ¡Así me dijiste! ¿O no?

—Sí —consiente con aire molesto—. Literalmente, pero acabas de romper tu promesa de no hacerlo.

—¡Qué importa, Quinto! ¡Estamos no sé dónde, siguiendo a una jauría tan drogada como tú y sin tener idea de a dónde nos arrastran!

—¡Al infierno! ¡Al mismo núcleo magmático de la tierra y tampoco me importa! ¡Como a ti tampoco te importó hacerle pinole el corazón a Renata para darte una oportunidad con la novia de Jack!

—¡Oye, no estoy tan flaca!

—¡Qué! —exclamo— ¡Tú sabías lo que iba a hacer!

—Me llamó al cel... “en busca de consejo”, pero yo le dije que si era tan machito que fuera a verte y te lo escupiera a la cara... aunque buscando la manera de no joderte.

—Oigan...

—¿Por qué no me advertiste, Quinto...? —lo empujo.

—Oigan, los perros...

—Era un asunto entre ustedes...

—¡Pero de haberme puesto sobre aviso me habría ahorrado lágrimas...!

—Dijiste que no ibas a llorar...

—Se están yendo...

—¡Pues sí... lloré y bastante!

—¡Wow! ¡Deberían ver esto...!

—Pensaba que lo nuestro era sólido, que nadie podía romperlo...

—¡No oyen acaso! —Milita se planta en medio de los tres.

—¡Qué! —replicamos a una voz.

—¡Los perros se están yendo!

—¿Qué? —vamos a ver.

Es verdad. Sin excepción, todos han arrastrado de alguna manera hojas gigantes y echándolas al agua navegan en ellas, tal cual un barquito de papel.

—¿Y Chavi? —la busco cerca, pero no está.

—¡Allá! —señala Quinto.

Capítulo 27

Mi hermana arrastra también una hoja grande y salta a ella nada más colocarla sobre el agua de ese verde luminoso.

—¡Chavi! —corro, llamándola entre gritos para que vuelva.

No me atiende. Sentada sobre su hoja sigue a los perros que se alejan con rapidez.

—¡Por qué no nos decías nada! —reclamo a Ludmila.

—¡Lo hice, pero ustedes estaban metidos en su discusión!

—¡Chavi!

Desesperada, sujeto el pecíolo de una de las hojas (no pesa nada) y sin pensarlo me lanzo también por el río.

—¡Reny...!

La hoja, y yo encima de ella, se mueve sobre el agua tal cual un barquito de papel en la corriente de una fuerte lluvia de verano. Puedo ver a mi hermana a unos quince metros delante de mí y, a los perros, un poco más al frente. En el ambiente no se escucha más que el rumor del agua. Miro atrás. Quinto, de pie sobre la hoja como si de una tabla de surf se tratara, viene muy cerca de mí. Un poco tendido a mi derecha, con Milita anudada a su cuello, veo también a Leo. Me sorprende que una hoja de árbol nos sostenga y conduzca como improvisadas lanchas. La superficie está seca y el agua que brinca sobre ella no la humedece ni ablanda. Regreso la mirada a Chavi. Su hoja se desvía hacia la izquierda, siguiendo la ruta que marca la jauría, pero la mía y la de todos continúa de frente.

—No —espeto contrariada—, no, no. ¡Chavi!

—¡Reny...! —me ve entonces.

—¡Aquí, aquí!

—¡No puedo!

Nos alejamos con rapidez una de la otra y la pierdo de vista cuando aparece en el recodo una gran roca, profusos arbustos de brillantes hojas y árboles cargados de lo que me parece musgo y colgantes lianas.

—¡No! —mi frustración aumenta cuando pretendo hacer del pecíolo timón, pero éste no obedece.

Capítulo 28

En cuestión de segundos el flujo del río aumenta, volviéndose más agresivo.

—¡Oh-oh...! —señala Quinto al frente.

Miro de nuevo. Las aguas se tornan turbulentas y más rápidas. Me tiendo de bruces en la hoja, sujetándome al tallo resistente. Puedo oír los gritos de mi prima, aterrada y asegurando que vamos a matarnos. Quinto, por su parte, está eufórico y sus gritos así lo indican. Su frase favorita: ¡Qué loco! No deja de fluir de su boca. Yo debo estar petrificada por el miedo, pero me es imposible liberar alarido alguno. Me duelen las mandíbulas de lo que aprieto los dientes y las manos bien sujetas a aquella vara que, gracias a Dios luce firme. El afluyente gana velocidad, su bramido opaca cualquier grito. Si acaso algún pensamiento toca mi cabeza no lo escucho. Su ruido es atronador. Aparecen rocas en el camino. La corriente nos aparta de ellas como si tuviera conciencia del peligro. Por momentos, Quinto me adelanta. Ya no está de pie, sino sentado y bien sujeto al borde de la hoja. El resplandor luminoso de las aguas me muestra su rostro, pintado de verde y lleno de pavor. La diversión ha desaparecido de su semblante. Me mira con sus ojos irritados y hace un esfuerzo por sonreír, pero no lo consigue. Su mueca hace que mi estómago se vuelva del revés y siento náuseas. Al otro lado, Leo hace bocina de sus manos y me grita algo. No lo escucho. Ludmila se ha vuelto casi una con él de lo adherida que está a su cuerpo. Seguramente quiere saber cómo estoy. Debería gritarle que bien, pero no es verdad. Estoy tan aterrada como ellos y la idea de morir en un lugar como aquel, donde nuestras familias jamás van a encontrarnos, me produce pánico. Pienso en los abuelos, que están más apegados a mí, que cualquiera de sus hijas y nietos. Quien les ayuda a mantener a flote el negocio y está al pendiente de todas sus necesidades, porque mis padres trabajan todo el día y mis hermanas deben ir a la escuela. Yo, recién graduada de la prepa, debería convertirme en tendera de tiempo completo; pero, arrastrada por aquellas aguas salvajes de fosforescentes colores, eso ya no sucederá. Tengo la sensación de que surcamos por un enorme tobogán. Encontramos pequeñas ondulaciones, pero las que le siguen son cada vez más empinadas, como mini cascadas. ¡Oh-oh! Sí, dije cascada.

Capítulo 29

Por lo general, los rápidos terminan cuando se llega a la cascada principal. Creo que vamos a su encuentro. El cauce se vuelve cada vez más rápido. El agua me salpica tanto que estoy completamente mojada. ¡Papá, mamá! Siempre he creído que he sido una buena hija, pero más de una vez no he tenido pensamientos fraternos por ustedes. Como la vez que les pedí, con toda la humildad que fui capaz, que me compraran un celular y me lo negaron tajantes con un: No hay dinero. Llamarlos tacaños fue lo más suave que me atrevía a pensar, y cuando me daban la espalda les hacía gestos, molesta. Aunque después, en mi cumpleaños y me regalaron uno, me sentí la peor de las hijas. Debí rechazarlo puesto que no lo merecía, pero lo anhelaba tanto... ¡Perdón! Igual a los abuelos que, en ocasiones me fastidia su lentitud, su falta de atención, su sordera. Pero, juro que los amo y me esfuerzo por ser paciente y tolerante con ellos. ¡Ah... Chavi y Nadia, tampoco he sido lo suficiente buena hermana con ustedes! Ser la mayor no es fácil y más cuando mi posición de primogénita a ustedes les vale un pepino. Se ríen de mí, no me toman en serio cuando quiero hablarles de la situación económica de la familia... Eso me frustra la más de las veces y he hecho algunas cosillas por ahí para fastidiarles la vida, sí. No creo tener tiempo para enumerarlas así que... ¡perdón!

La hoja se bambolea a un lado y al otro, como si fuese a volcarse. Me sujeto lo mejor que puedo y cierro los ojos, en espera de un violento desenlace. La voz del río se torna ensordecedor y, de pronto, me siento caer, enredada en metros y más metros cúbicos de agua. No siento más la hoja, sólo agua fría que me arrastra, sacude y me lleva quién sabe a dónde. Abro los ojos, la turbulencia parece ceder y veo el lecho empedrado y arenoso del río. Un par de ojos flotantes me miran desde una pequeña cueva oscura y grito aterrada bajo el agua, al tiempo que unos brazos se enredan a mi vientre, halándome hacia la superficie. En un acceso de tos e hiperventilando, me arrastro por una orilla húmeda y arenosa. Busco a mi rescatador que debe ser o Leo o Quinto, pero en lugar de ellos veo un ser de aspecto humanoide, con la misma consistencia de la corriente del río: verde resplandeciente. Grito, aterrada.

—¡Tranquila, soy yo! —dice el ente, acercándose.

—¡No! —lo rechazo.

Capítulo 30

Por más que busco huir no lo consigo. Resbalo en la orilla, mis piernas no tienen la fuerza suficiente. Eso, me sujeta por los hombros, ordenándome mirarlo con atención. Algo se mueve en él: millares de organismos que se alimentan no sé de qué y en medio de ellos, como si alguna clase de velo se replegara, distingo unas facciones.

—Soy yo, ¿ves?

—¿Qué es eso por tu cuerpo?

—Sólo agua. Como en ti.

Me miro y advierto también todos esos miles o millones de bichitos con luz propia, que se mueven por mi cuerpo, por mi piel y el pánico me hace suya.

—¡Quítamelos, quítamelos! —me sacudo desesperada.

—Son inofensivos.

—¡Eso crees tú! ¡Quítamelos!

—Se retirarán solos, Reny. Observa.

—¡No, quítamelos!

—¡Observa! —me sujeta por el rostro para que mire.

Es verdad. Lo que sean esos organismos, se van retirando de su cuerpo y del mío poco a poco, llevándose con ellos todo vestigio de humedad.

—No puedo creerlo —río nerviosa palpando mis ropas, manos, cara, cabello e igualmente los de él—. ¡Estamos secos!

—Como el mismo desierto de Altar —asegura Quinto que, sentado sobre una piedra, lía otro cigarro.

—Y... ¿Milita? —no la veo cerca.

—Por allá —señala Quinto también—. Guacareando las toneladas de agua que dice haber tragado.

Capítulo 31

Leo me guía, entre arbustos, pequeños árboles y setas más altas que nosotros. Mi prima permanece a cuatro manos, arqueando repetidas veces.

—¿Cómo estás? —Leo la acompaña.

—Quiero volver a casa —llora como niña asustada—. Quiero irme de este lugar extraño, Leo. Por favor.

—Ojalá supiera cómo, Milita.

—Todo por seguir a la boba de Renata...

—¡Sshh...!

—Qué —mira por encima de su hombro—, ¿está aquí? Debes sentirte más que satisfecha, ¿no? ¡Nos has perdido a todos!

—Yo sólo quería encontrar a mi hermana.

—¡Y dónde está la igual de tonta que tú!

—Ya, Milita —Leo quiere calmarla.

—¡Si ella hubiese hecho bien su trabajo de hermana mayor, esto no habría pasado!

—Nadie podía saber...

—¡Qué! ¿Qué las descerebradas Miranda nos arrastrarían a la nada?

—No hables así.

—¿Y de esto te pensabas enamorado?

—Por favor, Milita...

—Espero haberte rescatado a tiempo...

No quiero oír más. Regreso hasta donde Quinto juega con volutas de mota y las saborea en el aire. Voy directamente a él y sin mediar palabra le arrebató el cigarro, dándole una calada antes que lo recupere de la misma manera.

—¡Agh...! —me ahogo con el humo.

—¡Te has vuelto loca! —reclama.

—¿Por qué? —no dejo de toser—. ¡Tú siempre me ofreces!

—¡Pero sé que lo vas a rechazar, Ranita! ¿Qué pasó?

—Ludmila me culpa de haber caído aquí. No habría sucedido si yo cuidara a mi hermana como es debido. Y tiene razón. Con toda esa nebrura fuera de la casa, ¿cómo pude dejarla ir tras la Peluzza? Dame eso...

—¡No! —lo aleja de mi alcance.

—¡Quiero liberarme de todo este peso que siento encima, Quinto!
¡Sentir esa paz de la que tanto hablas...!

—No necesitas la mota para recuperarla.

—¿Y tú por qué sí?

—No soy tú, Ranita.

—¿Qué? ¿Acaso supones que soy más fuerte que tú?

—No lo supongo... lo sé.

Capítulo 32

—Pues estás equivocado. A veces siento que el mundo se cae a pedazos sobre mí.

—Pero no te dejas aplastar por él. Sólo mira un poco atrás. ¿Dónde estabas con tu familia hace cinco años?

—Vivíamos en una casa pequeña, pero que considerábamos nuestra. Mis padres pensaban pagarla en abonos.

—Sí...

—¡Pero eso se jodió con la pandemia, Quinto! Nos echaron. Luego papá perdió el trabajo porque no había viajes fuera del país. Tuvimos que mudarnos con los abuelos. A vivir de arrimados, como bien dice mi prima.

—¿Y eres infeliz ahí?

—¿Con los abuelos? ¡Claro que no! Tenemos más carencias y, cuando no pasa una cosa, pasa otra... como la operación de Nadia, o la caída de la abuela y su pierna fracturada, pero...

—¿Pero?

—Estamos juntos y sabemos que podemos salir adelante.

—¡Allí tienes! —sonríe— Ustedes no se rinden.

—¿Y tú por qué sí? No tiene que ser así, Quinto.

—Lo mío es otra cosa.

—¡Por qué! Tu familia siempre ha sido unida.

—Ya no, Ranita —asegura con tristeza—. Desde que el viejo no está ya nada es igual.

—Pues hay que trabajar para que eso cambie.

—Mi papá era el motor de todos. Sin él... ninguno podemos marchar.

—Ahora hay que ser el motor de uno mismo.

—Está difícil.

—Pero no imposible. Hay que intentarlo, Quinto. Siempre.

Capítulo 33

Él me mira fijo por unos momentos, pero no dice nada. Luego mira nuestro entorno, totalmente desconocido, con vegetación y corrientes extrañas.

—Nunca saldremos de aquí —suspira—, así que no tiene caso intentar nada.

Halo aire para seguir hablando, pero me contengo. Quinto tiene razón, ¿cómo volveremos a casa? Se me vienen a la cabeza tantos momentos con los míos. Momentos de paz y tranquilidad en casa, arreglando juntos el jardín, plantando un árbol nuevo, un rosal, un guayabo; luego, nuestras noches de verano, tendidos en un catre, bajo el oscuro manto de la noche, en la que mis hermanas y yo competíamos a descubrir primero que ninguna el paso de un avión, o el de un satélite (o al menos eso creíamos que eran). Los cuentos de papá, que a su vez le contara el abuelo; la voz bien entonada de mamá, cantando sus canciones favoritas y que nosotras seguíamos provocando entonces un soberano desastre y acabábamos riéndonos tanto que casi nos orinábamos. No volvería a verlos. Ni ellos a mí, a Chavi, a ninguno. Me apago también y lo abrazo con tristeza.

—Miren nada más —la voz de Ludmila me aparta de él, como un choque eléctrico.

Se acerca a nosotros enredada, como una serpiente, al brazo de Leo. Me habría gustado tener mi celular conmigo, tomarles una foto y hacer un meme que rezara, del lado de Ludmila: “¡Hey, miren lo que me gané en la feria! Y del lado de Leo: ¡Gulp, trágame tierra!”. Así de patética me parecía la parejita.

—Oigan, deberían intentarlo —la burla se derrama en sus palabras—. No serían la primera pareja dispareja que escribiera una bonita historia. ¿No crees, Leo?

Trescientos, como Quinto suele llamarlo se abstiene de cualquier comentario, pero intuyo que no le ha agrado sorprendernos en aquel abrazo. Él sabe bien que Quinto, por quien siente atracción es por mi hermana Nadia; pero también imagina que sólo es una artimaña de nuestro espigado amigo para estar más cerca de mí.

—Hay que volver y seguir buscando a Chavi —digo, con mi rostro a punto de ebullición.

—De ninguna manera de meteré de nuevo en esas aguas plagadas no

sé de qué monstruitos —espeta tajante Ludmila.

—No es necesario —tercia Quinto—. Seguiremos la orilla.

—¿Y estamos del lado correcto? —Leo logra zafarse de su dueña para examinar la zona.

—Creo que sí...

—¿Y si no? —la posibilidad me angustia— ¿Tendremos que volver y cruzar el río? ¡Entonces Chavi sí se perderá...!

—Tranquila —es Quinto quien me reconforta. Noto cómo Leo aprieta puños y dientes—. Es el lado correcto.

Capítulo 34

Nos ponemos en movimiento, escalando el muro de rocas que conforma la cascada. El rocío del agua nos pinta de nuevo con los luminosos "monstruitos" como dijo mi prima, pero concentrados en nuestro ascenso apenas si los sentimos. Ludmila lanza de repente algún grito, acudiéndolos. Leo la regaña con la certeza de que son inofensivos. Llegamos arriba y seguimos la orilla del río. Hablamos únicamente lo indispensable: Cuidado con esa piedra. Aquí hay una raíz salida no vayas a enredarte con ella. Cosillas de esa naturaleza, pero no más. Después de lo que me parecían horas caminando nos detiene un extraño bufido.

—¿Qué fue eso? —inquire mi prima y al pronto busca el escudo protector de los brazos de Leo. ¡Ay, la odio tanto!

—No tengo idea —responde mirando alrededor.

—Podría tratarse de una anaconda gigante —Quinto hace su propuesta inmediata—. Nos acecha desde la oscuridad, con sus ojos diamantinos y su lengua viperina que entra y sale de unas fauces gigantes también...

—¡Basta, Efrén! —conmina Leo.

—¡Auch...! —él simula como si hubiese recibido un golpe al rostro— Me ha llamado Efrén. ¿Y no me consideras tu amigo... Leónidas?

—¡Estamos perdidos en otro mundo y tú no dejas de decir estupideces!

—¿No consideras una gran probabilidad la aparición de una anaconda gigante?

"Fizzz... —escuchamos de nuevo.

—Abrámonos a todas las posibilidades, querido Leónidas. Un mundo extraño, subterráneo. ¿Qué podrá ser?

—No quiero imaginarlo.

—Aquí traigo con qué expandir tus expectativas —hurga en sus ropas y saca una bolsa en la que reconocemos un poco más de un puñado de marihuana en greña.

De otro bolsillo saca suficientes tramos de papel y sin más preámbulos se pone a armar cigarrillos.

—¿Cómo es que traes tanta yerba? —inquiero.

—Un amigo la consigue para mí.

—¿Amigo? —aunque trato de disimularlo no puedo evitar ser sarcástica— ¿Consideras amigo a la persona que te proporciona droga?

—¿Nunca has escuchado decir que la verde es vida? —sonríe, terminando de liar el cigarro.

—Lo verde, Quinto. Ya seco se convierte en otra cosa, que además te daña.

“Fizzz...”

Una ligera niebla comienza a invadir nuestro espacio. No es como la que experimentamos en la superficie, fresca y húmeda. También impregna, pero es diferente. Me llevo los dedos al rostro y me quito algo parecido al polvo. Mis dedos están manchados de rojo.

—¿Sangre?

La vista de mis dedos manchados se distorsiona. Ya no veo tres dedos, sino seis. El grito de Ludmila me sobresalta un poco, pero no me interesa volverme y darme cuenta de qué es lo que le pasa. Juego con mis dedos ensangrentados. No me impresionan. Los gritos de Milita jurando que se desangra tampoco. Algo en mi cabeza se desconecta y no sé más de mí.

Capítulo 35

En mi sueño, floto en una cómoda nube blanca con bordes rosados; en un cielo de color durazno que se difumina con amarillos y rosas más oscuros. Estoy sentada al filo, con los pies descalzos colgando. Disfruto de una agradable brisa que acaricia mi rostro y cosquillea la planta de mis pies. Tras de mí, de espaldas y en la misma posición, Quinto, Leo y Ludmila comparten la misma nube.

—¡Qué loco! —escucho que dice Quinto— Estoy seguro que ésta es la nube de Gokú.

—Deja de decir estupideces.

—Te juro que no tienes razones para sentir celos de mí... Leónidas. Quiero a la Ranita, no lo niego, pero como la amiga que es. Nada más.

—No te creo.

—No es mi problema.

—Leo, estoy aquí, ¿recuerdas? —reprocha mi prima.

—¿Cómo olvidarlo si estás encajándome las uñas?

—¿Oyes, Ranita? —ríe divertido— Sólo es cuestión de tiempo.

No digo nada a nadie. Disfruto el paseo. Las nubes que se acercan lucen como algodón de dulce. Me gustaría poder arrancar un pedazo y salir de dudas, pero están lejos. Cierro los ojos, esa brisa es tan agradable. Me relaja de toda esa noche estresante, los días anteriores, la lluvia que no cesaba de caer. Todos esos pensamientos se desprenden de mi cabeza y esa corriente suave de aire se los lleva lejos; junto con la rabia por la traición de Leo. Tampoco la quiero conmigo. Largo, me duele, pero fuera de mi vida.

Algo roza mi nariz y me obliga a echar atrás la cabeza. No sé qué es. No lo veo. De nuevo. Son como besos. Suaves, tiernos.

—¿Eres tú, Leo? —sonríe y al abrir los ojos veo ante mí a una extraña criatura.

Como una bola de pelos extremadamente suave y unos ojos violeta luminosos que flotan sobre lo que debería ser su cara, pero no hay facciones de ninguna clase. Una especie de probóscide se desliza sin remilgo alguno por mi cara. La sensación no es desagradable, pero sí

bastante rara y libero un grito de espanto.

—¡Qué!, ¡qué!

Todos a mi alrededor saltan en los respectivos sitios en los que están acostados. Varias criaturas, con las mismas características de la que viera frente a mí, aunque de diversos colores, salen huyendo entre los setos opacos que nos rodean.

—¡Ay!, ¿qué son esas cosas?

—Mejor pregunta, ¿qué nos hacían?

Miro mis manos que antes de perder el sentido parecían manchadas de sangre y ya están limpias.

—Nos aseaban... creo —comparto lo que imagino.

—¿Asear de qué?

Capítulo 36

Nadie dice nada. Miramos alrededor. El paisaje es totalmente diferente. No hay más plantas ni árboles luminiscentes: arbustos, árboles, pasto carecen de luz, están opacos, no sin vida, pero sin el resplandor primero. El cielo, sí, aunque nuestra certeza es que al ser absorbidos junto con aquella gravilla oscura lo hacía hacia abajo, hay un cielo sobre nuestras cabezas y muy semejante a lo que soñaba: de color durazno, en el que se aprecian nubecillas rosadas, pero debe ser por la salida del sol. Pero, no es posible. ¿Sueño todavía?

—Cierra esa boca o un insecto raro puede pensar que es una cueva buena para hacer nido —Quinto roza mi barbilla.

—¿Es mi imaginación? —no dejo de mirar— ¿O realmente esos no son árboles sino hongos gigantes?

—¡Ajá? —acepta Leo, igualmente boquiabierto— Hongos gigantes.

—¡Qué loco! —espeta de nuevo Quinto— Como en viaje al centro de la tierra, pero ese es un libro de ficción y esto es la realidad. ¡Qué loco!

—¿Estamos en el centro de la tierra, Leo? —inquieta Ludmila a su vez.

—Sí... tal vez... no sé en realidad.

Comenzamos a escuchar cantos semejantes a los de los pájaros de la superficie.

—Si los hongos son gigantes, no quiero saber el tamaño de lo que está cantando por ahí.

—Hay que movernos —sugiere Leo.

Avanzamos con paso presuroso y llenos de nerviosismo. Todos miramos hacia atrás, temiendo que algo, una bestia quizás nos sorprenda, ataque y termine devorándonos. En momentos semejantes la imaginación no suele ser buena consejera. Juega con la mente y con todos los sentidos. Los arbustos se sacuden, al tiempo que escuchamos de nuevo el bufido. Gritamos asustados a una voz y echamos a correr uno detrás del otro, sin darnos cuenta del camino, el azote y rasguños de las ramas a nuestro paso. Sólo nos deseamos lejos del bufido aquel y de a quién pertenece. No tengo idea de quién va a la cabeza; la espalda frente a mí no sé si es la de Leo o la Quinto. Sus constituciones son muy diferentes, pero es tanto el miedo que tengo que mi mente no me permite

identificarlo.

—¡Corre, Ranita, corre! —la cabeza desgredada que me impulsa a no parar es la de Quinto.

Tal vez es Leo quien guía y Ludmila viene detrás de mí. Espero. En un segundo que miro a un costado, creo advertir lo que me parece la sombra de una persona, pero mucho más alta que todos, incluso que Quinto. Y él es el que mide más: 1.82, creo. Pudo ser el mejor hombre del equipo de básquetbol de la prepa, pero el ingrato dijo que no le gustaba. Pero, ¿por qué pienso en eso? Acabo de ver la figura de una persona y recuerdo que el tonto de Quinto rechazó tajante jugar básquetbol.

—¡Ah...! —ese grito es de Ludmila.

Le sigue casi de inmediato el de Quinto que desaparece frente a mí y, después sigo yo que, sin lograr detenerme caigo detrás de él por una extensa pendiente plagada de vegetación, que nos azota y nos moja con el rocío que las impregna. Caemos uno encima del otro después de dar algunas volteretas y quedar tumbados en un terreno limpio, sin hierba, ramas o troncos de ninguna clase; tal cual que un campo de entrenamiento.

—¡Uf! —espeta Leo al aterrizar justo encima de mí— ¿Estás bien?

—No —resuello un poco—. Me has sacado el aire.

—Perdón —se aparta de inmediato—. ¿Te hice daño?

Niego con la cabeza. Me siento y halo aire repetidas veces para recuperar el aliento.

—¿Chicos? —Quinto llama la atención de todos.

Capítulo 37

Desde donde estoy apenas reconozco el trasero empinado de Milita, que busca espabilarse.

—¡Oh, oh...! —Leo suelta con un tono que me es difícil catalogar.

Cuando vuelvo la cabeza al sitio que él mira, el más espantoso escalofrío me recorre de arriba abajo y como el eco se regresa. Por primera vez, Ludmila y yo estamos de acuerdo en algo, liberamos el grito más impresionante de nuestras juveniles existencias. Ante nosotros, con una alzada de más de un metro, vemos a una media docena de arañas peludas. Sin excepción, todas saltan en su lugar y de pronto quedan patas arriba (las ocho, sí), tiemblan ligeramente hasta encogerlas como si estuvieran muertas. Aquella acción nos sorprende. No a Milita que sigue gritando como loca y manoteando como si estuviera ya envuelta en un capullo de seda y los imponentes arácnidos liberaran sus fluidos.

—¿Qué pasó? —jadeo, asustada— ¿Nuestros gritos las mataron?

—No lo creo —Quinto se pone en pie acercándose a ellas.

—¿A dónde vas, idiota? —reclama entre dientes Leo.

—¿Acaso no se dan cuenta? Están tan asustadas como nosotros y fingen estar muertas para que nos olvidemos de ellas.

—¿Qué? —Leo va con él.

—Ten cuidado —pido.

Él apenas me mira por el rabillo del ojo y consiente con discreción. ¡Guau!, digo para mí, ¿es que realmente se ha comprometido con Ludmila? O, mejor dicho: ¿siente por ella algo más de lo que llegó a sentir por mí? Eso sí que me pega. Veo que mi prima sigue muy asustada. Me recuerda una de las Barbie de Chavi, después de caer en sus manos: con el cabello hecho una maraña, la ropa sucia, rota d algunas de sus partes, sin esas capas de maquillaje que las hacen ver tan bonitas. Tal vez, sí haya algo bueno entre ellos. En verdad no conozco mucho a mi prima. Sólo parte esa que mostraba cuando la tía Altagracia iba por mí para que fuera a jugar con reinita. Somos de la misma edad. Bueno, ella es mayor que yo cinco o seis meses. No lo sé, porque la tía nunca nos invitaba a sus cumpleaños y ella no venía a los nuestros. ¡Ah! Yo salía embotada de casa de Milita cada vez que iba. Tenía una habitación especial, llena de todos los juguetes de moda. En el centro, pequeño, pero fabuloso, ¡un piano de media cola! Ella lo aporreaba, creyéndose una estrella de rock y yo, con un solo dedo, sacaba piezas conocidas. Cuando volvía a casa a mamá le

daban sus migrañas porque yo quería esto, eso, aquellos y también un piano. No sé si tuvo algo que ver en el asunto, pero de repente, la tía Altagracia no regresó por mí. La compañera de juegos de mi prima a partir de entonces fue la hija de la señora Tencha, su cocinera: Kimberly Rayas. De Milita no supimos mucho, porque entonces estudiaba en un colegio privado. Yo, desde preescolar había cursado en escuelas del gobierno. Antes de los quince, ella tocaba el piano de verdad y hablaba inglés. Yo, seguía tocando con un dedo en un teclado de una octava que le amaneciera a Nadia unas Navidades y, Duolingo me había reprobado más de una vez, por Internet lento. Sí, resultaba difícil aceptar que la envidiaba, pero me costaba mucho más admitir que debía ser mejor persona de lo que yo imaginaba.

Capítulo 38

Me obligo casi a ir hasta ella para abrazarla y asegurarle que todo va a estar bien. Mi gesto solidario la toma tan de sorpresa que, por un momento pienso que me va a rechazar; pero no sucede.

—¿Qué están haciendo? —inquire en medio de su moqueo, señalando a los hombres.

—No sé bien. Al parecer las arañas se han asustado con nosotros y fingen estar muertas.

Resulta que Quinto tiene razón. A la primera caricia, las arañas se relajan, se vuelven sobre sus patas y hasta nos sirven de montura. ¡Qué sensación más extraña! Atravesar aquella espesa jungla, sentada a lomos de una tarántula.

—¡Ay, no! —se queja Milita— Mi tarántula viene defecando.

—Afortunada que eres —se mofa Quinto—. Agradece que no lo hiciera mientras estabas abajo. ¡Ah! Y son migalas. Las más hermosas que he visto hasta ahora.

—¿Y has visto muchas? —inquire Leo en una sonrisa.

—Casi todos los años —acepta—. Hacia el final del verano. En el jardín de mi casa y el patio trasero de con don Pepe. ¿Verdad, Ranita?

—Sí —consiento.

—¿Hay migalas en tu patio trasero y nunca me lo dijiste? —reclama.

—Aquí vamos de nuevo —resopla Dueñas.

—Cuando llegan a salir tú siempre estás fuera. De vacaciones con tu familia, o con tus primos de Laredo, o en un curso de verano, o de competencia...

—Pero te hablaba por teléfono y ni siquiera hacías el comentario.

—¡Oye! Tampoco me dabas muchas oportunidades de hacerlo, contándome lo bien que te la estabas pasando.

—¡Tuché! —espetta Quinto— ¡Qué loco, je, je, je...!

—Siempre estuve en la creencia de que disfrutabas escucharme.

—Leo...

—Ya veo que no.

—Sí me gustaba oírte...

Me adelanta con aire decepcionado. Milita se me empareja y en una enorme sonrisa dice, gesticulando nada más: ¡Gracias!

Me doy cuenta de que he metido la pata, pero hasta el fondo. Si algún sentimiento por mí quedaba todavía en la mente y el corazón de Leo, con mi contestación sincera, pero inapropiada, lo había pulverizado.

Capítulo 39

En cuanto la exuberancia de la jungla comienza a menguar, las migalas gigantes nos dejan en el límite y ellas vuelven a sus dominios.

—Creo escuchar correr de agua —señala Quinto y en cuanto echa a andar nosotros lo seguimos.

Leo y Milita se me adelantan, unidos de sus manos. Mi rabia por mi prima renace una vez más. Al fin encontramos la parte del río por la que Chavi y los perros desaparecieron. Sus aguas no resplandecen ya. Corren tranquilas, limpias. Llego hasta su orilla, hago cuenco de mis manos y las hundo para beber un poco.

—¿Está buena? —Quinto cae a mi lado para beber también.

—Muy buena —acepto bebiendo un poco más.

—¿Es que ya olvidaron los monstruitos en ella? —recuerda Ludmila.

—No. Pero es de día. Fueron a dormir.

Leo se apresta a beber también, pero ella se lo impide.

—No te arriesgues, Leo —advierte—. Los bichitos esos son invisibles en el día, pero deben seguir ahí.

—Ojos que no ven, corazón que no siente, Milita —se acuclilla y recoge suficiente agua en sus manos—. Tengo mucha sed.

—Yo igual, pero no pienso beber de esa agua.

—Deberías hacerlo, Milita —Quinto hasta moja su cara y refresca su nuca— o, cuando nos transformemos en horribles y pastosas criaturas, iremos tras de ti para alimentarnos contigo.

Nos miramos y reímos divertidos.

—No le encuentro la gracia —el chico Caballero se pone de pie y luce su ceño fruncido.

—Entonces eres un amarguetis, ¿no, Ranita?

—Un pesado y aburrido amarguetis —acepto.

—¿Ya fumaste también de esa maldita yerba, Renata?

—No, simplemente coincido con Quinto.

—Relájate, 300. Y tú también, Milita.

Mientras habla, llena sus manos con agua y la lanza toda hacia mi prima. Ella no reacciona positivamente. Grita de manera histérica y eso resulta una invitación para Leo, que cae molesto sobre nuestro amigo de toda la vida y comienza a golpearlo.

—¡No! —por mi parte intento separarlos.

Quinto no se defiende, sólo cruza los brazos su cabeza y el otro, enardecido tira puñetazos sin ton ni son.

—¡Leónidas Caballero Quijano! —lo tomo de su espesa mata de cabello y halo con ambas manos, gritando— ¡¡Basta!!

Capítulo 40

Mi tirón es tan fuerte que logro apartarlo de Quinto, lanzarlo al suelo en el que queda sentado, agotado, rojo como un tomate y sudando profusamente.

—¡Oh, Leo querido! —Milita lo socorre— ¡Eres una bruta, Renata Miranda! ¡Casi le arrancas el cabello a Leo! ¿Estás bien caramelito?

Él la rechaza, se levanta molesto, alejándose varios metros. Yo auxilio a Quinto.

—Estoy bien —rueda sobre su vientre hasta quedar cerca de la corriente para lavarse la sangre en boca y mejilla—. Pegas más fuerte tú que él.

—¿Qué nos está pasando, Quinto? —caigo de rodillas a su lado.

—Él, que ha perdido su sentido del humor por el camino.

—¿Y nosotros la vergüenza, el sentido común? Chavi está perdida y quién sabe lo que puede estar pasando: bueno, malo o...

—No digas que peor. Tú siempre ves, en todo, la parte positiva.

—Sí, en mi mundo, mi espacio. Lo que conozco y con quienes conozco. Aquí... todo es distinto. Mientras viajábamos a lomos de las arañas, me pareció ver a alguien.

—¿A quién?

—¡No sé! Pero... creo que era un hombre. Más alto que tú.

—¿Mal alto que yo? ¿Atlético, de mirada y lengua lacértida?

—¡Por Dios, Quinto! No juegues más con eso. No pude ver facciones y mucho menos identificar si se trataba de algo humano o con apariencia de reptil.

—Por la Red circulan tantas teorías de conspiración y los Reptilianos es la más popular...

—Pero nosotros no podemos aferrarnos a esas suposiciones. Debemos ser realistas, coherentes... maduros.

Quinto me mira fijamente por algunos momentos. Me parece que reflexiona en mis palabras. Luego, consiente. Se levanta, sacudiendo sus

ropas llenas de tierra.

—¡Oye, 300! —llama.

—¿Qué haces? —tiro de su playera.

—¡Ven acá! —lo atrae aleteando su brazo.

—Quinto.

—¿Qué quieres? —Leo llega dispuesto a seguir la pelea.

—Dile, Ranita —anima.

—¿Qué? —Milita siente curiosidad— ¿Qué ya son novios?

—¡No! —espeto, molesta— ¡Que vi a una clase de ser en la jungla!

—¿Un ser? ¿Qué ser?

—¡No lo sé! ¡Miré a un costado y estaba allí! Cuando vi de nuevo ya había desaparecido.

—¿Semejante a nosotros? —frunce el ceño, incrédulo.

—¡No lo vi bien!

—Entonces fue tu imaginación, primis.

—La sombra de una rama, quizás —la apoya él.

—Tienes razón —acepto después de sopesarlo unos segundos—. Me equivoqué.

—Ranita...

—¡Me equivoqué, Quinto! —voy junto a la corriente del río, lanzo una hoja tirada en el suelo y camino hacia donde la corriente la arrastra.

—Renata —Quinto me sigue.

—Ya no digas nada, ¿quieres? Tal vez tengan razón.

—O tal vez la tengas tú.

—Pero no importa. Concentrémonos en encontrar a Chavi, ¿sí?

—Está bien.

Capítulo 41

El cielo no cambia de color conforme el día avanza. Hemos visto algunas mariposas con los colores y diseños en sus alas más hermosos que hayamos visto. También son más grandes que las que vemos de ordinario arriba, pero igual de inofensivas que las arañas y un poco más sociables. Recolectan el néctar de las flores, semejantes a campanillas doradas y mientras lo hacen apreciamos cómo su cuerpo, cubierto de fino vello se llena de polen. Los cantos y gritos que se escuchaban en la selva ya no se oyen. El rumor del río es el que nos acompaña; el suave aleteo de las mariposas resulta un arrullo que bien podría adormecernos, pero el parloteo de Ludmila es fastidioso.

—Tienes que encontrar la manera de sacarnos de aquí, mivi. ¿Cuánto tiempo llevamos perdidos?

—Más de veinticuatro horas con seguridad.

—¿Te imaginas lo angustiados que han de estar mis papás...?

—No sólo ellos, Milita.

—¿Crees que nos busquen? ¿Podrán llegar hasta aquí...?

—No lo sé.

—¡Haz algo! Necesito darme un baño, cambiarme de ropa, acicalarme...

—Sobre todo eso, ¿no? —interviene Quinto.

Pellizco su brazo para que no empiece otra pelea y discusión.

—Mira mis uñas —ella lo ignora y extiende la mano ante él—. Han perdido su brillo, están tristes.

—Unas uñas sin pintar no son importantes, Milita...

—¿Cómo qué no? ¡Mis manos se ven horribles!

—Más horrible es no encontrar a Chavi, estar sin alimento y un refugio apropiado.

—Bueno, según sé, Chavi suele hacer este tipo de cosas todo el tiempo. Sé que tú puedes proporcionarnos el refugio indicado y por mí, no

hay prisa por la comida. Puedo prescindir de ella hasta por días.

—¿Oíste eso? —dice Quinto bajando la voz.

—Hacía tiempo que me lo imaginaba —consiento.

—Milita no tiene vergüenza.

—No, Quinto. Es un problema serio en el que corre peligro, incluso su vida.

—Pero si sólo estuvo perdida cuarenta y cinco minutos.

—¿De qué estás hablando? —lo miro perpleja.

—De Chavi. Cuando se perdió en la feria que hubo en Aldama por sus cincuenta años. Tenía seis, ¿no?

—Sí, pero yo no me refería a eso.

—¿Entonces...?

Capítulo 42

No respondo, pero clavo mis dedos en su brazo. Luego, le señalo más adelante. El río desaparece en una enorme roca, pero, varadas a la orilla, vemos las hojas en las que navegaban Chavi y los perros. Avanzamos otro poco; encontramos sus huellas y las de mi hermana. No dudamos en seguirlas. A unos doscientos metros, el rastro termina. Llegamos a la orilla de lo que parece un enorme lago. Quizás, veinte metros adentro, de pie sobre la superficie acuosa, divisamos a Chavi.

—Es una ilusión óptica —Quinto asegura de inmediato—. No es realmente agua. ¿Recuerdas aquel documental sobre el salar...?

Mientras habla camina para ir hacia Chavi, pero apenas poner un pie en el agua, se hunde y desaparece con rapidez de nuestra vista.

—¡Quinto!

Leo se adelanta a mí. Sumerge medio cuerpo, como si se tratara de una piscina. Pasan cinco segundos, diez y saca la cabeza.

—¡Ayúdenme! —jadea— ¡Pesa mucho!

Voy a él, hundiéndome de la misma manera. Alcanzo la pretina de su pantalón y tiro con fuerza. Entre los dos logramos sacarlo. Lo tendemos en el suelo. Quinto no responde. Está azul y frío como una paleta.

—No respira —anuncia al revisar sus signos vitales.

—¿Cómo qué no? —espeta Milita confusa—. Si apenas estuvo sumergido unos segundos.

—Esa agua es diferente —contesto aterida de frío—. Quinto parecía lastrado.

—¿Lastrado o algo más lo halaba?

—No vi nada —me froto los brazos.

Leo aplica sus conocimientos de RCP. Quinto no reacciona.

—¡Reny! —Chavi me grita.

—¡Qué pasó! —inquiero— ¿Cómo llegaste hasta ahí?

—¡Seguía a los perros! ¡Cuando corrieron e hicieron saltar el agua, me

di cuenta dónde estaba! ¡Me dio miedo y no pude seguir!

—¡Ven aquí!

—¡No puedo!

—¡Así como entraste puedes salir, Chavi!

—¡Tengo miedo!

Capítulo 43

Escucho que Leo empieza nuevas comprensiones. Milita está parada casi a los pies de Quinto y mira como si se hallara en frente de una televisión: impresionada, expectante.

—Está muerto, Leo —sentencia.

—¡No! —se opone con rabia y da nuevas bocanadas de aire a nuestro amigo.

Me llega una riada de recuerdos con él. Toda nuestra vida compartiendo el mundo. Nuestras madres habían estudiado juntas la escuela y querían que nosotros también lo hiciéramos. Preescolar, primaria, secundaria y prepa; siempre juntos. Salidas a fiestas, paseos, al súper para cualquier encargo: juntos. La solicitud de un consejo, una opinión; confianza total para guardar un secreto o confidencia cualquiera: juntos también. Hasta ese momento, me daba cuenta que Quinto era mi mejor amigo. Y de ninguna manera quería perderlo. Voy a su lado, tomo una de sus manos heladas y la abrigo entre las mías.

—¡Vamos, Quinto! —empiezo a hablar— No te rindas. Tienes que salir de ésta. Hay muchas personas que necesitan de ti. Que necesitamos de ti porque yo estoy entre ellas. Más que todos y que nadie está tu mamá. ¿Te acuerdas como se aferraba a ti cuando sepultaron a don Memo? Ahora tú eres su soporte, Quinto y, si también le faltas, ¿qué va a ser de ella? Vuelve, por favor. Tenemos muchas cosas que hacer juntos. Recoger nuestras credenciales de elector. ¿Recuerdas que tenemos que ir por ellas? ¿Vas a perderte ver si salí como Betty la fea y como Marge Simpson? ¿Qué me dices de ver en premier Los Thundercats? Dijiste que ibas a acampar frente al cine para ser el primero en la taquilla. ¿Lo dejarás ir? ¡Vamos, Quinto! Eres mi mejor amigo. Te quiero. ¡Vuelve!

Siento un temblor en sus dedos y de repente, su cuerpo se estremece para luego emitir un sonoro carraspeo, toser con fuerza y escupir bastante agua.

—¡Quinto! —río entre lágrimas, abrazándolo.

Después, me lanzo casi contra Leo, que está exhausto. Descansa todo su peso sobre sus talones.

—Gracias —me aprieto contra él para luego besarle el rostro repetidas veces.

Una protesta de Ludmila me arranca de él, pero no me importa. Ayudo

a Quinto a sentarse. Lo abrazo de nuevo sin dejar de llorar.

—Estoy bien —jadea un poco todavía—. ¡Qué cosa más extraña, Ranita! No estaba profundo, pero sentí que caía como plomo. Toqué fondo y cuando quise volver arriba, no pude. Parecía que estaba preso en gelatina.

—¡Reny!

—Chavi —me levanto rápido y vuelvo a la orilla del lago.

—¡Mira! —señala.

—¿Qué son? —inquire a mi lado Ludmila.

—Parecen... —inicia Leo.

—Peces voladores —concluyo— y huyen de algo.

—¿Un pez más grande?

—Hay que encontrar la manera de traer aquí a Chavi —miro a mi alrededor.

—¿Y qué? —Leo me sigue.

—¡No sé! Lianas, troncos largos...

—¿Quieres hacer una balsa? No hay tiempo...

—¡Quiero rescatar a mi hermana como sea!

—Reny...

Capítulo 44

Miro de nuevo. Un pez enorme, de irisado cuerpo salta de pronto y atrapa una docena de peces voladores en una tarascada. Los que escapan se sumergen de inmediato, pero casi al instante emergen de nuevo, en desesperados aleteos en dirección a Chavi.

—¡¡Reny!! —grita aterrada.

—¡¡Chavi!! —corro con la intención de saltar al agua y nadar por ella.

A mi paso, una mano sujeta mi pie y caigo de bruces. Cuando miro, es Quinto quien me tiene bien asida.

—Chavi —lloro.

El cardumen alado casi está sobre ella y el pez gigante puede salir en cualquier momento para devorarlos y, con ellos, igualmente a mi hermana.

—¡Monstruo! —grita aterrada Milita.

Por debajo del sitio en el que Chavi está parada, emerge suavemente algo oscuro que no distingo del todo bien, pero conforme se yergue identifico. Es el mismo ser que viera entre la jungla. Chavi no se mueve de su lugar. Noto cómo levanta la cabeza para ver al extraño que, como bien advirtiera, es tan alto como Quinto. Lleva consigo una especie de cayado, el cual toma por la parte media y levanta por encima de su cabeza cubierta con una capucha. Los peces voladores se desvían, alejándose de Chavi y de él. El gran pez emerge para seguir alimentándose de ellos, pero bastante lejos de mi hermanita. Me tumbo en el suelo, falta de fuerzas.

—Él nos está llamando —palmea Quinto mi espalda.

Me ayuda a levantar. Sí, el ser tiende un brazo cubierto por su extraña vestimenta y nos llama.

—Vamos —me anima a caminar Efrén.

—No, Leo —Ludmila rechaza su mano—. Nos iremos al fondo como le pasó a Quinto.

Aunque dudo, adelanto mi pie sobre la superficie acuosa y después el otro. Miro a Quinto sonriendo fascinada cuando mis plantas no se hunden, sino que siguen sin la menor duda, por encima del agua y mi amigo

conmigo.

—Está bien, 300 —llama—. Sólo síganos.

A menos de un metro de mi hermana y el desconocido, éste comienza caminar y todos detrás de él.

—No me sueltes —espeta mi prima tras nosotros.

—No lo haré, tranquila.

—¿A dónde nos lleva esa cosa?

—Ni idea.

—¡Hey, amigo! —Quinto le habla— ¿A dónde vamos?

Capítulo 45

No responde, pero señala al frente con su báculo. Chavi va asida a su mano y lo mira sonriente de vez en cuando. Quiero alcanzarlos, estar con mi hermana, pero por más que lo intento no logro emparejarme a ellos.

—Disculpe, señor, ¿puede ayudarnos a volver arriba?

—No es señor —Chavi me mira con su característico aire burlón—, es un niño y menor que yo, además.

—¡Qué! —los cuatro decimos en perfecto coro.

Sin salir de nuestro asombro continuamos caminando sobre el agua. Bajo nuestros pies podemos ver al paso de algunos peces. La fauna marina es abundante, con especies de todos los tamaños, incluido el pez enorme que casi engulla a mi hermana. Algunos se parecen a los que conocemos de ordinario y otros son muy diferentes, de colores vistosos que tienen la habilidad de modificar sus cuerpos.

—¿Algún día llegaremos a tierra? —la voz de Ludmila rompe nuestro profundo silencio.

El hombre alto se detiene y todos nos detenemos. Se inclina lo necesario para hablarle a Chavi.

—Él dice que falta poco —nos comunica—. Que tengas paciencia, Ludmila.

—Y si no, ¿qué? —conmina.

Él se vuelve, guía su báculo a los pies de mi prima y comienza a hundirse lentamente. Ludmila grita como loca, se engancha como puede a Leo, pero todos sus esfuerzos por evitar su hundimiento son inútiles. Empezamos a gritar también, abogando de alguna manera por mi prima.

—¡Oye, perdónala...!

—¡No quiso decir eso...!

—¡No ha comido y por eso su cerebro no carbura...!

—¡Cree que por ser la hija de papis todos, hasta los seres de mundos subterráneos, deben cumplir sus caprichos...!

—¡Yo no soy una caprichosa...!

—¡Claro que sí!

—¿Qué tal si pruebas disculpándote? —sugiere Leo, encorvándose cada vez más.

—Pero si no hice nada...

No muy lejos, el pez gigante, cazador de voladores salta de repente.

—¡Sí! —espeta de inmediato Ludmila— ¡Todos tienen razón! Soy una caprichosa y me encanta que los demás cumplan mi voluntad. Lo hago sin darme cuenta, ¿sí? Perdóname, por favor. Prometo no distraerte de ninguna manera. ¡No dejes que me hunda más! Por favor, por favor.

Capítulo 46

El extraño encapuchado tiende de nuevo hacia ella su báculo y Milita, tal cual si bajo sus pies se activara una plataforma invisible, emerge. Sin más interrupciones continuamos caminando. Cayendo la tarde, creo que así era porque la luz que lo iluminaba todo fue menguando poco a poco, pisamos por fin tierra firme. Puedo ir con mi hermana, abrazándola; respirar de nuevo con alivio. Fue una caminata extenuante. Nos sentamos para recuperar fuerza, excepto el hombre alto. Va por todo el claro, como escudriñando la zona. Estira el brazo con el bastón cada vez. Nos miramos confusos.

—¿Qué hará? —comento.

—Tiende escudos de protección —imagina Quinto, liando su enésimo cigarro.

Lo miro con la ceja derecha en firme arco, a la par que le recuerdo la presencia de mi hermana y la del desconocido. Él, como siempre, me ignora con total desfachatez. El muy alto, del que ni siquiera sabemos su nombre termina de pasearse y hacer lo que sea que hacía. Se acerca a nosotros con tranquilidad y por primera vez vemos sus manos: grandes, muy finas y de una blancura que ni siquiera en los gringos hemos advertido. Las lleva hacia su capucha con una suavidad hipnótica tal, que todos seguimos su movimiento como si estuviéramos ante el enigmático acto de un mago. Desliza la capucha hacia su espalda y por fin vemos su rostro. Como Chavi lo dijera, no es más que un niño de su misma edad. De facciones tan hermosas que sin lugar a dudas pensamos: Un ángel.

—¡Qué loco! —ríe Quinto, ahogándose con su yerba— Si no estuviera seguro de mí mismo, diría que me he enamorado.

Sus facciones son perfectas, los labios húmedos, rosados como los de un recién nacido; de ojos verdes, amplia frente en la que reluce una tiara muy fina, adornada con gemas iluminadas tenuemente. No sé si decir que su cabello largo es rubio, blanco o incoloro. Al hablar puedo apreciar unos dientes perfectamente alineados y de una blancura destellante. De sonrisa encantadora y voz infantil, pero que no desentona con su inusual estatura.

—Oscurecerá en cualquier momento, así que descansaremos aquí —anuncia.

Nosotros consentimos con movimientos de cabeza. Se mueve con agilidad, traza un círculo en la tierra y de ella brotan piedras y raíces secas que se encienden de la nada, en un agradable fuego. Nos invita

acercarnos.

—¿Eres mago? —inquire Chavi.

—No —responde.

—¿Y cómo lo hiciste?

—Con la ayuda de mi bastón.

—Tu bastón es mágico entonces.

—Ustedes lo llaman magia. Yo, conexión con los elementos.

—Tierra, agua, fuego, aire —dejo de solo escuchar y también hablo—. ¿Esos elementos?

Capítulo 47

El chico gigante no contesta. En sus ojos bailotean las lenguas que arden en la fogata.

—¿Y cómo te llamas? —interviene Chavi, con más confianza que los demás—. Yo soy...

—Sé tu nombre. Los de todos.

Nos mira a cada uno, empezando por Leo.

—Tú eres Leo, Trescientos y Leónidas. Tú, Reny, Ranita y Renata. A ti te nombran Quinto, Efrén, Dueñas...

—No cabe duda que tiene doce —se mofa Milita.

—¿Me equivoco acaso?

—No —sonríe—. De todos los que has mencionado, sólo uno es nuestro nombre y los demás apodos, sobrenombres o expresiones de cariño.

Él me mira, pero nada dice ni su rostro expresa duda, confusión. Nada.

—No entiende —insiste Ludmila—. Lo que tiene de grande lo tiene de... ya sabes qué.

Sus verdes ojos van de uno a otro, como si fuéramos una hoja gigante de un libro y nos leyera. Así pasa su mirada por todos.

—Qué —Quinto habla de nuevo—, ¿busca hipnotizarnos acaso?

—Por sí o por no —Leo baja la cabeza— no lo miremos a la cara.

—No necesito hipnotizarlos para conocer.

—¡Gulp! —traga de manera exagerada Efrén y nosotros con él.

—¿Lees nuestras mentes? —digo.

—¡Oye, no deberías! —protesta Ludmila—. En invasión a mi espacio personal y no tienes ningún derecho a irrumpir en él.

—Entiendo —parpadea y relaja su postura.

—¿Cómo te llamas? —Chavi insiste.

—No puedo darles mi nombre.

—¿Por qué? —mi hermana ríe—. ¿Es largo y difícil de pronunciar?

—No.

—¿Entonces?

—Dar mi nombre implica entablar un lazo, y no puede haberlo entre nosotros.

—¿Porque somos enanos y además horribles?

—¡Vaya! —Quinto se estremece, impactado— Lo imaginaba todo sobre los intraterrenos, pero jamás que fueran racistas. ¿Sabes que arriba los tienen por perfectos, hermosos en todos los sentidos?

—Él es hermoso, Quinto.

—Pues al discriminarnos le han nacido varias cicatrices horribles en la cara.

—No los veo como inferiores —él retoma la palabra.

—Pues cuando dices que no merecemos entablar lazos contigo y con los de tu raza, lo estás diciendo.

—Los de la superficie aún no están listos para saber de nosotros. Su estancia aquí es un error.

—Pero no nuestro —asegura Leo.

—Mío sí —acepta.

—¿Puedes explicarnos?

—Bueno... soy curioso.

—¡Ah...!

—Me gusta jugar también.

—¿Hiciste una travesura por ahí, mocoso?

—Quinto, habla con claridad para que él entienda.

—¡Ah, comprendo sus conceptos y los contextos en que los usan!

—¿Tú provocaste el sismo? —indaga Leo.

—No fue un sismo sino un hundimiento y accidentalmente.

—Hundimiento. ¡Quieres decir un socavón!

—Estaba en el salón de los cristales, con mi bastón. No tenía nada que hacer...

—Te pusiste a jugar.

—Olvidé donde estaba —consiente— y en uno de mis tantos movimientos rocé apenas el cristal principal... con los resultados ya conocidos.

—¿Y los perros qué? —indaga Chavi— Noches antes comenzaron a reunirse, como...

—Si respondieran a un llamado, lo sé. Ellos perciben las vibraciones mucho antes que la misma corteza.

—¿Son el relámpago antes del trueno? —compara Quinto.

—Similar —acepta.

—¿Y qué llamado es ese? —Ludmila entra en el debate.

—Los perros recorren toda la comunidad —explica—. Ven, escuchan y viven lo que en ella sucede.

—¿Son sus espías?

—Precisamente. A través de ellos los conocemos a ustedes, a la comunidad, su flora, fauna, entorno, cielo...

—Tecnología, armas...

Capítulo 48

Lanzo un manotazo a Quinto para que no inicie algún discurso sobre conspiraciones, extraterrestres, reptilianos. El muchacho alto nada dice.

—Creo que es tiempo de descansar —invita.

—¿Y mañana qué? —indago.

—Seguiremos.

—¿A dónde?

—A la Gran Ciudad.

—¿De oro y cristal?

—No. Basalto y mármol. Siguiendo ese sendero —alarga una de sus finas manos— y, sin tomar atajos, se llega a ella.

—¿Es grande?

—Ustedes lo juzgarán cuando lleguen ahí.

—Ya quiero que amanezca —Chavi se arrellana a mi lado.

Todos la imitamos. El chiquillo gigante permanece sentado. Sólo arregla la capucha de su túnica para que oculte su rostro e inclina la cabeza.

—¿No debería quedar alguien de guardia? —averiguo.

—No es necesario en este lugar —asegura con un dulce acento somnoliento.

Milita bosteza, Quinto y Leo bostezan. Chavi ronca con deleite. Yo insisto en mi interior de que no podemos dormirnos todos, sino que alguien debe quedar de guardia. Me propongo ser ese alguien, pero inexplicablemente los párpados comienzan a pesarme y al pronto me duermo.

Cuando no ha tenido una buena noche, mamá suele despertarnos dando de palmas y apretándonos con fuerza un pie.

—¡Vamos! —espeta con el ceño fruncido— ¡El día ya está aquí y hay que trabajar!

—Pero si es domingo, mamá —protesto cubriendo mi cabeza.

—Razón de más para levantarse temprano. ¡Vamos! Su padre y los abuelos ya están listos.

—¿Listos para qué? —levanto medio cuerpo extrañada.

—¿Para qué más, Renata? Para ir a misa.

—¿Qué? Pero si la abuela no...

No termino la frase. La abuela entra al cuarto. Por su propio pie, bien arreglada de pies a cabeza y limpiando sus anteojos. Luego, Nadia salta con agilidad de la litera, reclamando el baño ante el enojo de Chavi. En su lecho revuelto distingo una bola de pelos que se estremece con suavidad por algún sueño vívido.

—Renata, ¿qué te pasa?

—Nada —dejo la cama—. Creo que tenía un sueño largo y raro.

—En el desayuno nos lo cuentas. Date prisa.

Capítulo 49

Pues, como cada domingo, apretujados en el viejo sedán del abuelo y, que según yo lo había vendido hacía tres años, vamos a misa. En el templo siguen los sucesos extraños. Allí está Leo, con su familia, pero no es raro que nos encontremos con ellos, ni que Leo lleve su cabeza recogido en una coleta o que me sonría con la seguridad de que lo quiero tanto como él a mí; sino, que allí mismo está Quinto con toda su familia. TODA. Don Memo preside tan rozagante y dicharachero como siempre. Quinto no disimula sus coqueteos con Nadia y a mi hermana se le pinta de colores el rostro.

—Hijita, pon atención —la abuela aprieta mi pierna.

—Sí —la misa avanza.

Escuchamos las lecturas, cantamos Aleluya; después del evangelio sigue una homilía larga. Al padre Palencia le gusta hablar, hablar y hablar... cuando menos lo pienso estamos de nuevo en el atrio. Los adultos poniéndose de acuerdo. Es un hermoso día para salir de paseo. Papá tiene viaje, no puede acompañarnos. El abuelo no quiere perder el día en la tienda; hay que pagar varias facturas en la semana. No hay problema en que yo no trabaje ese día, debo cuidar de mis hermanas.

El arroyo verde está a un par de horas de Villa Aldama. El lugar toma su nombre de la gran cantidad de árboles con espesa fronda que pintan de verde las claras aguas de la corriente. Todos preferimos la zona más profunda para practicar la natación y a los más chicos los mandamos a la orilla. Chavi se enoja demasiado cuando hago eso. Por más que le enseñe no aprende a nadar. Nos divertimos. Los adultos permanecen a la sombra de los árboles, escuchando música, tomando cerveza y platicando muy a gusto. Las mujeres están atareadas con la comida, el brasero para poner la carne asar y al mismo tiempo vigilándonos a todos.

Los que sí sabemos nadar trepamos a una gran piedra y de ella no echamos clavados; competimos a ver quién aguanta más la respiración. Leo tiene los mejores pulmones de todos. En medio de la poza hay una roca de buen tamaño. Leo y yo la conquistamos primero y ganamos el derecho de permanecer en ella el tiempo que queramos. Desde ahí dominamos la mayor parte del arroyo, donde están estacionados los carros y el árbol grande en que los mayores platican, se ríen de las ocurrencias de don Memo.

—¿Qué día es hoy? —pregunto.

—Domingo, Reny —se ríe.

—Pero qué día, mes, año...

Se había recostado en la piedra y se levanta para mirarme con gesto confuso.

—¿Qué tienes? ¿Por qué preguntas eso?

—Porque no sé si estoy soñando o esto es realidad.

—¡Claro que es realidad! ¿Por qué habría de ser sueño?

—Porque allá, con tus padres, mamá, la señora Amada y sus hijas está don Memo...

—¿Y quién debería estar?

—¡Nadie, Leo! Don Memo se murió hace casi dos años.

—Reny —me toca las mejillas y la frente con sus palmas—, ¿segura de que te sientes bien?

—Sí —manoteo.

—¿No oyes cómo ríe don Memo? ¡Allí está! ¡Míralo!

—Lo estoy viendo, Leo, pero... ¿es que todo fue un sueño? Don Memo no está muerto, papá tiene trabajo, no han operado de emergencia a Nadia... entonces —lo miro sonriente—. Tú no tienes nada que ver con mi prima Milita.

—¿Qué? —de pronto, su sonrosado rostro pierde color y yo siento frío.

—¿Eso sí es verdad?

—Reny...

—¿Sales con las dos al mismo tiempo?

—Déjame explicarte...

Capítulo 50

No quiero escucharlo. Me lanzo al agua y regreso con los otros. Luego, mamá nos llama para comer.

—¿Dónde está Chavi? —inquire.

Miro entorno y no la veo por ninguna parte.

—Renata, ¿dónde está tu hermana?

—No sé...

No termino de hablar cuando un alarido de espanto llama abrupto nuestra atención. Vemos a la orilla del arroyo a Nadia, señalando algo que arrastra la corriente. Mi madre corre por el agua con el pecho desgarrado en un grito más impresionante al de mi hermana. Los demás la siguen. Veo cómo recupera de la corriente el flácido cuerpo de mi hermana menor y casi al pronto, el profesor Caballero se la arrebató llevándola a la orilla para aplicarle los primeros auxilios, pero se cansa de insuflar por la boca de Chavi y presionar con ritmo en su pecho. Veo a Leo volviéndose a mí, pálido como un viejo cirio. Yo vuelvo mis manos puños. Siento cómo mis uñas se entierran en mis palmas de lo fuerte que las aprieto.

—¡¡No!! —grito al borde la locura— ¡Chavi, no!

—¡Reny, Reny! —siento que me sacuden.

—¡Despierta...!

Como veo a Quinto primero me abrazo a él llorando dolido.

—¡Ay! —me lamento—. ¡Mi hermanita...!

—Tranquila, todo está bien. Soñabas. Fue una pesadilla. Estás despierta y terminó.

—Chavi —me levanto con apremio, pero no la veo donde se quedara dormida—. ¿Chavi? ¿Dónde está mi hermana?

—Bueno —se miran confusos.

—Cuando nos acostamos estaba ahí.

—¿Y el gigante? —tampoco lo veo.

Buscamos por toda el área y no hay rastro de ellos.

—¡Se llevó a mi hermana! —lloro con angustia— ¡Por qué!

—Cálmate, Reny... —pide Leo.

—¡Tú no me toques! —rechazo su contacto—. Empezaste a engañarme con esta anoréxica mucho antes de tus vacaciones a San Carlos.

—¿Cómo me llamaste? —reclama ofendida Ludmila.

—¡Anoréxica! —le grito en su cara— ¡Bulímica o ambas! Dicen que siempre andan de la mano. Ahora tienen sentido tus diversas ausencias: que el entrenamiento, que un encargo para tu abuela, que tu mamá o que tenías que acompañar a tu padre a X o Y. ¡Mentiroso!

—Reny...

—Soy una bruta de primera por no haberme dado cuenta. Confiaba en ti a ojos cerrados, Leo.

—La vida se conforma de ciclos, primis y el tuyo con Leo ya debía terminar. Se aburría contigo...

—Milita —reclama.

—Debía avanzar en lo a que sentimental se trataba y eso lo encontré conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que sea —se entremete entre los tres Quinto—. Olvídenlo. Debemos encontrar a Chavi y al niño gigante. Ya está amaneciendo. El sendero que debieron haber seguido ya se ve.

Capítulo 51

Consiento con un movimiento de cabeza, sin dejar de mirar a la infeliz pareja. Ludmila luce una sonrisa por demás maliciosa, mientras que Leo evita verme de frente y el rostro se le pinta de rojo.

Me dejo llevar de la mano de Quinto. Es difícil advertir un rastro en él, está cundido de hierba y piedrecillas semejantes a aquellas por las que resbaláramos. Tras de mí inicia una discusión acalorada, pero bajo control de la novel pareja porque ninguno ni otro levantan jamás la voz. No comprendo lo que dicen. Me falta cabeza para centrarme en sus voces y lograr descifrarlo. Me preocupa mi hermana. Porque, así como hemos pensado que el chico gigante se la ha llevado, también es posible que Chavi lo haya seguido mientras él pensaba que dormía. Chavi es así: curiosa a nivel dios. Hace algunos años, siendo más niña casi pierde un dedo en un tubo de acero embutido en otro y que tenía movimiento. Alguien aventó el tramo móvil y atrapó el dedo de mi hermana. No hubo fractura ni desprendimiento de falange, pero le rebanó la mitad de su almohadilla y de eso le quedó una fea cicatriz.

—Tengo hambre —Quinto se aprieta el estómago.

—También yo —aseguro y para ratificarlo, mis tripas gruñen con furor—. Pero, ¿qué vamos a comer? ¿Dónde?

—Más atrás vi unos arbustos con frutos parecidos a las fresas.

—Pero el niño alto dijo que no tomáramos atajos.

—¿Y quién toma atajos? —vuelve lo ya andado— Sólo nos detendremos a comer unos pocos y apetitosos frutos rojos.

—¿Y si son venenosos? —lo detiene de un brazo Leo—. No podemos ir por ahí comiendo lo primero con lo que nos topamos... ¿recuerdas?

—Me muerdo la lengua y trago mis palabras ahora. ¡Tengo hambre!

Sin esperar por nosotros, sale del camino para ir hasta los setos tupidos de antojadizos frutos. No tardo en seguirlo e igualmente Leo y Ludmila.

—¡Mmm! —se saborea con la boca llena y escurriendo el jugo rojo entre sus dientes y labios—. Están más que mortales.

—Espero que te refieras a su sabor exquisito y no realmente mortales.

—Pueba, Ranita —me da un par de puños.

—¡Mmm! —escucho a Leo—. Sí que están deliciosos. Ni muy dulces ni muy ácidos...

—¡Eso...!

—Con una mezcla de sabores a fresa, manzana, durazno...

—¿Mango? —pruebo.

—Melón, piña...

—¿Todas las frutas que existen? —espeta incrédula Ludmila— No puede ser.

—Pruébalas, Milita.

—No lo creo —rechaza cruzando brazos.

—No sabes lo que te pierdes —aseguro sin dejar de comer.

—Si me preguntan, prefiero aguardar unos momentos. Cuando vea que no caen muertos uno tras otro... tal vez los pruebe.

—¡Ups! —se mofa Quinto. Luego ríe y yo lo secundo.

Capítulo 52

De pronto, Quinto se lleva las manos a la garganta y comienza hacer gestos horribles. Agrandando los ojos todo lo que puede, llenándose de lágrimas.

—¡Ah, no, Quinto! —reprendo—. ¡No juegues!

—No juega —Leo me hace a un lado—. ¡Se está ahogando!

Se coloca rápido detrás de él. Lo enreda con sus brazos y con las manos empuñadas hace presión en su estómago en varias ocasiones, hasta que nuestro amigo expulsa una bola roja.

—¡Agh, agh...! —jadea con una mano en su cuello—. Creo que ya sé de qué me voy a morir. Asfixiado.

—No digas eso —sobo su espalda—. Estabas riendo demasiado, halaste aire teniendo en la boca la fruta...

—Lo sé. Sentí como la succionaba.

—Ya pasó.

—Segunda vez que salvas mi vida, amigo —le tiende una mano a Leo—. Gracias.

—Yo doy gracias a Dios por haber sabido qué hacer.

—¡Mi héroe! —Ludmila se cuelga de su cuello y le planta un beso en la mejilla.

De no seguir tan asustada, me pongo de pie y les aplaudo. A ella por su magnífica actuación y a él por conservar todavía en el alma un poquito de vergüenza.

—Debemos seguir —anuncio.

Ayudo a Quinto a levantarse y nos ponemos en movimiento. Caminamos unos metros, pero freno los pasos y a los demás, haciéndoles valla con mis brazos abiertos.

—Qué.

—¿Dónde está el sendero?

Frente a nosotros no vemos más que arbustos cuajados de frutos. Voy a un extremo, luego al otro; miro atrás y de nuevo al frente. El mismo arbusto se repite una y mil veces, como si se reflejara en una habitación con espejos. El corazón se me acelera y comienzo a hiperventilar.

—Estamos perdidos —jadeo angustiada—. Nunca encontraremos a Chavi ni volveremos a casa.

Me arrodillo apoyando todo mi peso sobre mis talones.

—Jamás volveré a ver a mamá, papá; a los abuelos. A Nadia...

—Reny —Leo aparece de pronto ante mí—. Tranquila. Vamos a estar bien.

—Sí, Ranita —Quinto está a su lado—. Ese desgraciado sendero está por ahí y vamos a encontrarlo. No te mortifiques.

—Tal vez sea mejor quedarnos en un solo lugar —sollozo—. No movernos. Movernos nos pierde más.

—No necesariamente. Necesitamos seguir.

—¡A dónde! ¡Qué! ¿Al sol? ¿A las estrellas en el cielo? ¡No hay un cielo! ¿O alguien las ha visto? ¿Las has visto, Quinto? ¿Tú, Leo? ¿Y tú Ludmila?

Capítulo 53

Veo cabezas que se mueven negativamente.

—Ya no quiero seguir —me derrumbo en mi sitio.

—Reny.

—Estoy cansada y no sé qué hacer. No conozco éste sitio, no sé a dónde ir...

—Juntos vamos a encontrarlo.

—¿Y si no pasa? ¿Y si sólo nos perdemos más?

—Ranita —su mano pasa con ternura por mi cabeza—. Jamás te había visto así.

—Pues mírame —moqueo—, ésta también soy yo.

—De acuerdo —se tiende a mi lado—. De acuerdo. Todos tenemos permiso de flaquear alguna vez, pero es obligatorio levantarse de nuevo.

—¿Para qué? Quedémonos aquí y tal vez el niño alto venga a buscarnos.

—Por algo nos señaló el sendero, Reny —la voz de Leo me parece extraña. ¿Llora acaso?

—Nos advirtió que no tomáramos atajos y yo no hice caso. Esto es mi culpa.

—Tenías hambre —aparto unos mechones de pelo que caen sobre sus ojos—. Todos la teníamos.

—Nadie es culpable. Sólo nos equivocamos.

—¿Crees que 300 tenga razón?

—Puede...

—Oigan, ¿qué van a estar llorando todo el día ahí tirados? Si vamos a movernos que sea ya, porque luego llegará la noche.

—Milita tiene razón —se espabilan y me ayudan a levantar.

Cuando veo la cara de mi prima noto que enjuga también alguna lágrima, aunque mira a otro lado casi al instante.

—Bueno —Quinto libera un suspiro—. Y ahora, ¿a dónde?

—¿Recuerdan los árboles allá arriba? —menciona Leo—. Todos estaban inclinado hacia el sur.

—Y hacia el sur vinieron los perros. ¿Crees que...?

—Los arbustos parecen señalarnos hacia dónde ir —los señala.

—Sí, pero...

“Crash...”

Capítulo 54

Esa especie de crujido atrae la atención de todos. Miramos hacia el mismo punto del que parece venir.

—¿Qué es? —inquire Ludmila.

Nadie responde. Los arbustos en aquella zona comienzan a sacudirse, mientras el ruido se produce de nuevo. Los setos cuajados de fruta saltan en su propio sitio y un chorro de vapor los arranca de sus ramas.

—¡Corran! —pide Leo cuando botan también pedazos de piedra y tierra.

Entre gritos de espanto, todos echamos a correr detrás de él. La sensación de que la tierra se mueve bajo nuestros pies, a pesar de hollarla lo más aprisa posible, es muy clara. Llueven sobre nosotros algunas ramas, frutos reventados, polvo y pequeños fragmentos de piedra. No puedo evitar mirar atrás por encima de mi hombro. El nutrido grupo de arbustos es tragado por la tierra y ésta se abre, igual que el cristal al soportar un peso excesivo. Las grietas nos persiguen de cerca. A nuestro paso, el suelo se ondula, nos obliga a desviar nuestra carrera. No sé si sea mi imaginación, mi miedo o una realidad, pero siento demasiado calor. La tierra trepida; nos impone alto y, a unos cuantos metros frente a nosotros, se abre en un estruendo, con un resplandor rojo brillando con suavidad.

—¡Atrás! —ordena Leo.

—¡Ah...! —aquel grito me cimbra de tal manera que hasta pierdo mi fuerza.

Es Milita que pende de las ramas de uno de los arbustos, mientras el resto de su cuerpo está suspendido en una boca abierta en el suelo, del que emana un calor tan intenso como nuestro verano.

—¡Ayúdenme! —chilla.

Quinto se tumba cuan largo es y logra asirla de un brazo.

—¡Sujétate! —le indica entre gritos también.

—¡No me sueltes!

—¡Leo, ayúdame!, ise me resbala!

—¡¡Ah...!!

Me siento de pronto ante la espectacular pantalla de un cine. Con una de las tantas chicas de la cinta (no la protagonista, claro) y en peligro de caer a un río de candente lava.

—¡¡Se nos resbala!!

—¡¡Milita...!!

—¡¡No quiero morirme!! ¡¡No así!! ¡Por favor!

Capítulo 55

El magma se ve muy abajo. Pero debo aceptar que soy pésima para la perspectiva. Calculo que son más de cien metros, pero lo más probable es que sean diez.

—¡¡Reny, ayúdanos!!

—¡¡Ranita!! ¡¡Se nos resbala!!

—¡¡Te lo suplico, prima!! ¡¡Ayúdame!!

Me tiendo igual en el suelo. Anclo mis pies en el tronco aún firme de un arbusto cercano y me estiro lo posible para alcanzar la pretina de su short. Pero ya en aquella maniobra me detengo.

—Renata, ¿qué haces? —reclama Quinto—. ¡Ya la tienes!

—Necesito que Ludmila aclare algunos puntos.

—¡Es en serio!

—¡La tierra se está abriendo a nuestro alrededor, Reny!

—¡Igual seguirá abriéndose si la sacamos!

—¡¡Ah, por favor, por favor...!!

—¡Quiero estar segura si lo tuyo con Leo es real!

—¡¡Reny!!

—¡Aunque no lo creas, conozco mejor que tú a mi prima y sé de lo que es capaz!

—¡Pero no es el momento...!

—¡Dejen de discutir y sáquenme de aquí!

—¡Por primera vez en tu vida sé sincera y di la verdad!

—¡¡Leo...!!

—¡¡Se nos resbala, Reny!!

—¡¡Nos iremos todos abajo!!

—¡¡No...!!

—¡¡Mucho antes de tocar el magma nos incineraremos!! ¡¡Será como cuando te quemas con la llama de un cerillo!! ¡¡Un solo segundo, pero con mucho dolor...!!

—¡¡Ya, está bien!! ¿¿Quieres la verdad?? ¡¡Pues tú tienes razón!! ¡¡No siento amor del bueno por Leo!! ¡¡Perdón, Leo pero, ni siquiera me gustas!!

—Pero...

—¡¡Me fastidiaba verlos juntos por todas partes!! ¡¡Que se llevaran tan bien y me reté a mí misma!!

Capítulo 56

Como si nos llamáramos mutuamente, nos miramos. Milita no deja de escupir los propósitos para alcanzar su meta. Propiciar un encuentro tras otro con el susodicho. Hacer hasta lo imposible por ganar su amistad. Luego, permear como el desagradable salitre en su vida. Convencerlo de que nuestro noviazgo se sostenía en la costumbre; pero seguía siendo una amistad de toda la vida.

—¡¡Para mi sorpresa, el bueno de Leo cayó redondito a mis pies!!

—¿Estás oyendo?

—Grita, ¿cómo no hacerlo?

—¡¡Ustedes son tal para cual!! ¡¡Aburridos!!

—¿Suficiente?

—¿Y para ti?

Consiento con un movimiento de cabeza. Agarro con firmeza a Ludmila por la pretina de su short y ellos la halan. Cuando mi prima está jadeando tendida en el suelo, el tronco donde mis pies siguen enganchados se suelta y me voy de boca por la abertura.

—¡Reny! —Leo me sujeta por la muñeca.

Lo miro asustada.

—¡¡Tu mano... dámela!! —Quinto se estira de nuevo.

Noto que ambos están bañados en sudor y agotados. El calor se vuelve insoportable. Aunque se esfuerzan no pueden sostenerme por mucho tiempo. Resbalo. Los miro a ambos.

—Ustedes dos —sonrío—, son los chicos más increíbles que he conocido.

—Reny...

—Si regresan arriba, díganle a mi familia que los amo. Y que no me olviden.

—¡No hables así, Ranita! —llora.

Sus manos resbalan por mi brazo sin hallar la manera de sujetarme mejor.

—¡Reny...!

—¡Te quiero! —espeto y me desprendo de sus manos.

—¡¡Reny...!!

Cierro los ojos. Veo, como si se tratara de una vieja película muchos pasajes de mi vida. Los mejores: con mis padres, mis abuelos, mis hermanas. Luego está Leo y ese extraño vuelco que provocara en mí desde el primer momento. Entonces creí que era miedo porque era un niño greñudo, gritón y con cara de pocos amigos. Con el tiempo, se convirtió en mi mejor amigo y luego en algo un poco más arriba que la amistad. En nuestro primer beso estuve segura que no me interesaba conocer a nadie más. Lo prefería por mucho a todos los que, de vez en cuando se cruzaban en mi camino. Lo mismo me pasaba con Quinto, pero él como el amigo que siempre estaba ahí. Hasta mis momentos con Ludmila aparecieron ante mis ojos. En verdad nos divertíamos cuando jugábamos juntas. ¿Qué lo había echado a perder? No tenía idea, pero cómo que por ahí vi de refilón a la tía Altagracia, asomada discretamente por la puerta y con cara de que no le gustaba que mi prima disfrutara de más de mi compañía. No sé. No importaba ya.

Capítulo 57

El calor me envuelve cada vez más. Entonces es el miedo quien comienza atenazarme. No parto completamente limpia. Albergo ese resentimiento por la tía Altagracia a la que culpaba de la amargura que cada vez invadía a mamá. En alguna de las pocas, pero sí existentes noches oscuras de mi no muy larga vida, deseaba hasta las náuseas que le sucediera algo malo. Que el tío fracasara en sus negocios y que de la noche a la mañana se vieran en la ruina. O que la sorprendiera en alguna infidelidad y la echara de su vida de una patada en el trasero y sin un cinco. Incluso imaginaba dramáticas escenas, llegando a casa de los abuelos a suplicar un rincón dónde dormir y un plato de sopa o frijoles para saciar el hambre. Pero sucedía todo lo contrario. El tío ganaba más que nunca y ella se henchía de soberbia cada vez. Pero ya no había tiempo ni siquiera para arrepentirme. Caía al infierno. El que merecía, estaba segura.

—¡Reny!

¡Qué cosa más extraña! Sigo escuchando a Leo y Quinto llamándome. ¿No debería estar abrasándome hasta volverme cenizas? ¿Por qué sus voces siguen tan claras? ¿Tan cercanas? Quizás es el inicio de mi tormento: oírlos, mirarlos, pero jamás tocarlos o ir a ellos. Siento cómo mis lágrimas mojan mis mejillas. ¿Qué pasa? ¿Por qué no acaba de una vez?

Abro los ojos. Puedo ver a Leo a Quinto e incluso a Ludmila, muy de brazos cruzados, mirándome desde el borde. No hay a su alrededor nubes de vapor caliente ni restos de ramas, frutos y tierra volando a su alrededor. No veo más resplandores rojizos a mi espalda, mucho menos me siento empapada por el copioso sudor, resultado del calor intenso.

—Está bien —sonríen—. Ya pasó.

No entiendo lo que quieren decir con eso.

—Tal vez siga en ella —se miran.

—Sí —consiente Leo y de pronto salta a mi lado.

—¡No! ¡Qué haces!

—Todo está bien —me ayuda a sentarme.

—Pero —miro azorada entorno.

No hay un abismo bajo nosotros ni magma ardiente fluyendo como río. Es sólo una zanja pequeña, con la misma gravilla ligera de la primera vez.

—Todo fue una ilusión —explica Leo.

—No —niego con vehemencia—. El intenso calor, los estallidos, el suelo abriéndose igual que una sandía tocando piso... ¡cómo va a ser una ilusión!

—Ranita —me reprende Quinto—. No te achicharraste ni te convertiste en ceniza; mucho menos te fundiste en esa horrible lava.

—Pero... ¡pasó!

—Pasó, sí, pero no era real.

—¡Cómo...!

—Busquemos la ciudad de basalto y mármol y lo sabremos.

Antes de ayudarme a salir de la zanja, me da uno de sus tiernos besos en los labios.

Capítulo 58

—¡Oigan...! —reclama mi prima.

—Milita —la veo—. Tú cállate.

—Todo fue una ilusión. ¡No pasó!

—El desastre alrededor lo era —asegura Leo—, pero no las palabras dichas durante la misma.

—¡Creí que iba a morir!

—No se miente en un trance igual, Milita.

—Pero... Leo...

—Vamos —tomados de la mano nos encaminamos hacia el sendero, que está de nuevo a la vista.

Sin dejar de rezongar, ella y Quinto nos siguen.

—No es justo.

—El mundo entero no es justo. Hay países en guerra por el capricho de unos cuantos. En otros, las personas se mueren de hambre, mientras que, en aquellos que se proclaman Desarrollados, desperdician toneladas de alimentos. Se gastan millones de dólares en misiones para explorar el espacio y aquí recortan el presupuesto de los médicos que estudian y combaten las peores enfermedades. Eso... es lo que en verdad no es justo.

Milita ve a Quinto boquiabierto por unos segundos más y luego sigue caminando, sin externar queja alguna.

—¿Me perdonas? —Leo me planta un beso en la cabeza.

—¿Debería? —controlo la sonrisa que busca nacer.

—Tú decides. Yo... ni siquiera tengo derecho a justificarme.

—No lo sé —miro al frente.

Nos acercamos a lo que asemeja un bosque, pero no de árboles frondosos, verdes en los que aniden miles de bulliciosos pájaros. No. Son árboles petrificados. Vemos los troncos. Vemos las ramas desprovistas de

hojas que, tal vez hace mucho, pero mucho tiempo perdieron.

—Creo —retomo el hilo de mis palabras— que algunos de los argumentos de Milita son válidos

—¿Por ejemplo?

—El echo irrefutable de que nos conocemos desde niños.

—¿Ahora vas a darme la razón? —intervienen mi prima de pronto, metiéndose casi entre los dos.

—No, no es así —espetea Leo y la aparta—. No te metas, ¿quieres?

—Leo...

—Reny y yo estamos aclarando las cosas.

—¿En verdad es posible? —suspiro.

—Yo ya no tengo ninguna duda.

—¿Antes sí?

—Sí, pero sólo porque Milita supo encajarlas en mi cabeza. Todo tenía tanta lógica y peso que...

—¿Decidiste darle una oportunidad? Ya le llegaría la resignación a la tonta de Reny... ¿no?

—¿Si te exponía todo de la misma manera que Milita? Estoy seguro que sí. Pero me faltó valor para buscarte.

—Cobarde —nos adentramos por completo en el petrificado bosque.

—Tienes razón —apenas esboza una sonrisa—. Lo fui. Lo soy y ahora caigo en cuenta que fue porque muy dentro de mí cometía el peor de mis errores. ¿Separarme de la chica que ha sido para mí verdadera compañera de vida? Por otra que ni siquiera había tratado lo suficiente...

—Oye, yo no soy ninguna otra. Tengo mi nombre.

—No intervengas más —Quinto la reprende.

—Que no tiene comparación contigo —Leo la ignora por completo, como si por aquel sendero sólo fuéramos nosotros dos—. Que sólo escucha reggaetón, ve mil series por Internet y sabe que García Márquez

y Benedetti son escritores, pero jamás los ha leído.

—¡Todo fuera como eso! —espeta de nuevo Milita— ¡Mañana me compro sus libros y los leo! ¿Cuál es el problema?

—El problema es bastante sencillo en realidad —la encara—. Tú no eres Reny. No entiendo cómo puse oídos a todas tus suposiciones. Ahora que recuerdo, ese día que nos encontramos y según tú, me abriste los ojos, había estado con Quinto y todo ese tiempo con él fumaba marihuana.

—¡Oye...!

Capítulo 59

—Perdón, amigo, pero es verdad. Tenía la cabeza revuelta. Sólo así se explica que haya sucumbido a tu palabrería.

—Es una posibilidad...

—Pero me ha vuelto la cordura, Reny. De la misma manera en que la perdí. Cuando te hundiste en ese embudo de gravillas, mi alma saltó detrás tuyo.

—De hecho, todos lo hicimos, 300.

—No lo distraigas, Quinto.

—Cruzaron por mi mente tantas imágenes, momentos juntos y tuve mucho miedo... de perderte.

—De alguna manera ya me habías perdido.

—Pero no definitivamente.

—¿Olvidas sus desesperadas confesiones? Es una doble cara.

—Todos lo somos —Quinto salta en mi defensa—. Se llama instinto de supervivencia.

—Hipocresía, sinvergüenzada...

—Por supuesto, cuando existe mala intención. Como tú...

—¡Yo qué!

—Tú comprenderás que no hubo en las acciones negativas de Reny, Milita. A propósito, ¿por qué Milita? Ludmila es un nombre raro, pero bastante bonito.

—¿En verdad lo crees? —sonríe.

—Suenas a que es antiguo —acepta Quinto—. ¿Conoces su origen?

Avanzamos como si diéramos un paseo por la plaza de nuestra comunidad. Pero sobre nuestras cabezas no hay un cielo azul, limpio de nubes ni parvadas de pájaros que se mueven al capricho de las corrientes de aire que encuentran; menos un sol radiante, cálido que lo ilumina todo, nos muestra la belleza de nuestros árboles, los macizos de coloridas flores que llenan las jardineras; la algarabía de los niños que juegan en las

diferentes canchas: basquetbol, volibol y futbolito. Nosotros preferimos caminar, platicar de nuestros proyectos ahora que hemos terminado la prepa. ¿Qué sigue? Es la pregunta del millón. Sólo tenemos esbozos de nuestros sueños. En realidad, nada concreto todavía.

—¡Oigan! Estos realmente son árboles petrificados. ¿Saben lo que eso significa?

Capítulo 60

Como ninguno respondemos, él se responde.

—Significa, que en algún momento, hace muchísimos años, esto era un bosque. Encima estaba el cielo, brillaba el sol, animales diversos hollaban su suelo...

—¿Y qué pasó, sabelotodo? —Milita se cruza de brazos.

—La evolución —sonríe Quinto con cierto aire enigmático.

Me gusta cuando actúa así. Quiere decir que está interesado y que va a profundizar en el tema.

—Pudo pasar cualquier cosa. Las placas tectónicas se desplazaron. Eso provocó sismos, maremotos, cataclismos que se encargaron de hacerle una cirugía reconstructiva a la Tierra. Los años, los siglos, los milenios, la misma atmósfera enrarecida con quién sabe qué cosas fue petrificando el bosque. Si tuviera aquí mi lap top...

No sigue. De todos los troncos a nuestro alrededor comienzan a escapar unos seres etéreos, sin cuerpo ni rostros. Son como trozos de gasa, pero con vida propia. Van por toda el área, como si avisaran a los demás de nuestra presencia.

—Será mejor que nos vayamos —sugiere Leo.

—Por mí encantada —espeta Milita.

Sin embargo, cuando deseamos hacerlo no podemos. Nuestros pies no nos obedecen.

—¡Qué pasa! —por más que nos esforzamos no logramos dar un paso.

—¡Estamos atrapados!

—¡Allí vuelven! —señalo.

—¡Qué loco! —ríe Quinto— Tal vez nos drenen de todos nuestros jugos.

—¡Cállate, Quinto!

Gritamos con espanto e impotencia, manoteando sin ton ni son como si de un enjambre de abejas se tratara. Lo que fueran aquellas cosas,

pasan por nuestros cuerpos tal cual que la humedad y el frío.

—¡Ah...!

—¡Ah, fuera...!

—¡Leo, ayúdame...!

De todos los puntos llegan más formando una densa nube que palpita en un tenue resplandor. Se mueven rápido e inesperadamente se detienen. Flotan sin prisa, hurgando dentro de cada uno. Sin excepción, comenzamos a reír. Estoy en casa, con mis padres y mis hermanas son pequeñas; yo soy pequeña. Estamos en el parque, nos divertimos. Mamá luce radiante, feliz, llena de esperanza por el porvenir. Papá me parece un gigante. Sus fuertes brazos como murallas imbatibles. Todo es perfecto si estamos juntos. Quinto, Leo e incluso Milita viven momentos semejantes y los veo también. La familia es el eje principal que mueve nuestras vidas. Pero ese panorama ideal se ve trastornado con el paso de los años. Proyectos que no se concretan, pérdidas irreparables, enfrentamientos entre hermanos, la lucha inútil contra el materialismo y la indiferencia.

Capítulo 61

Ahora comprendo mucho mejor la amargura de mamá. Ella tenía un sueño; abrir su propio taller de costura. El banco le negó un préstamo, le pedían demasiados requisitos. Su palabra y sus ganas de salir adelante no eran un aval confiable. Mamá pensó entonces en la tía Altragracia. Ella la conocía bien. Lo responsable, dedicada y limpia que era con su trabajo. Quizás en cinco años podría pagarle la cantidad que necesitaba. Su hermana mayor reaccionó con soberbia: "Apenas ven la oportunidad, los perros quieren hueso", veo que le dice. Mamá pierde el color, pero casi al mismo tiempo se pone colorada. Con rabia y vergüenza. Desde entonces todas sus ilusiones son cenizas. Vive apagada, con la cadena del rencor atada a su cuello y nos salpica a todos con él.

Lloramos. Los cuatro. Creo que tenemos conciencia de que vemos los fracasos y duelos en nuestras familias. Hacemos hasta lo imposible por escapar, huir tan lejos de ellos para que no noten la vergüenza, la rabia y el dolor que nos lacera por dentro. Quinto no puede con la pérdida de su padre. Sabe que faltando él, es su deber cargar en hombros a su familia y las tierras que les pertenecen. No sabe cómo. No puede. No quiere. Apenas acaba de tramitar su credencial de elector. No es más maduro que una naranja en verano. Él quiere otra cosa. Pero no sabe cómo decírselo a su madre, a sus hermanas y por eso se droga, para convencerlas que es un inútil. Que no sirve para cabeza de la familia. Me mira con el rostro bañado de lágrimas. Yo quisiera ir a su lado y abrazarlo, como esa tarde en el funeral. Se aferró a mí de tal manera que hasta le supliqué que me soltara, porque me estaba lastimando. Pero yo no tenía idea del lastre que arrastraba.

En la familia de Leo, nada es perfecto como yo lo imaginaba. Sus padres sopesan la posibilidad de divorciarse. Al parecer por causa de un hermano del profesor. Leo y sus hermanas lo sufren demasiado; sobre todo porque lo ocultan a su abuela. Si se entera se moriría de tristeza. La señora Dulce jura que nada es verdad, pero el hermano del profesor no quita el dedo del renglón. La familia de la que prácticamente todo Villa Aldama seguía como modelo, es una mentira. A Leo le duele y le confunde. Escucha a su madre que le dice que es inocente y le cree. Escucha a su tío decir que se aman y que ninguno tiene la culpa y también le cree; pero el silencio de su padre le da miedo. Tiene su estudio independiente de su casa. Desde que el conflicto iniciara vive en él. Pone de pretexto que escribe su primer libro para no estar presente en algunos desayunos, comidas o cenas. No hace mucho, Leo sorprendió al profesor con una pistola en sus manos. Lo encaró al respecto y, aunque le juró que nada debía temer, no vivía tranquilo. Las lágrimas mojan también su rostro.

Capítulo 62

Milita lucha contra el ambiente de los misteriosos entes. Sin duda es la envidia de la mayoría de las chicas de su edad; incluyéndome. Yo soñaba con su habitación, los armarios derramándose de ropa de marca; zapatos, zapatillas, tenis, botas y hasta las sandalias en tendencia. Coche a la puerta o un chófer por si tenía pereza manejar. Una imaginaba luces multicolores estallando a su paso y a sus padres cumpliendo sus deseos en tiempo récord. La consentida de ambos por ser la menor de sus hijos. Pero no hay fuegos artificiales iluminando su vida ni su corazón, ni los mimos de su madre o su padre. Milita es una débil flama en un cabo de vela; muy aromática, pero destinada a apagarse en cualquier momento. Lloro como todos, pero sin tristeza. Es la rabia la que la lastima. Una rabia cargada de confusión, porque no comprende por qué está sola. Por qué nadie parece reparar en ella. Y va a casa de sus amigas que son menos afortunadas que ella, pero que brillan con luz propia. Tienen una buena relación con sus padres, con sus hermanos y la envidia que la atosiga la llena de coraje. Entonces se esmera en sobajar la autoestima de sus amigas. Ya sea porque están pasadas de peso, tienen problemas visuales, se les dificulta X o Y materia en la escuela; no son muy agraciadas físicamente. De mí envidia que mis padres estén siempre al pendiente de dónde estoy, con quién y lo que hago; que a la primera oportunidad me abracen y colmen de besos y yo a ellos. Lo bien que me llevo con mis hermanas, que reímos mucho a pesar de casi no tener nada. ¿Por qué si ella lo tiene todo se siente tan vacía por dentro? Y suele romper cosas a su alrededor para llamar la atención de los suyos, pero no funciona. Las cosas rotas se reponen con una buena cantidad de dinero. Lo sabe. Entonces, un buen aliado podría ser ese desorden alimenticio que la impulsa a no comer. Puede pasar días sin probar alimento alguno. Su ropa le queda holgada. La mujer que trabaja para ellos en la casa le ha hecho pinzas a sus diminutas ropas. Es la única que se da cuenta que adelgaza cada día más. Ignorante de lo que es la anorexia, le pide que le comparta su secreto y ponerlo en práctica con ella y su hija. Milita se desgarró por dentro. Nadie lo nota. O quizás, ¿no quieren notarlo?

Su propia soledad la engaña. Le hace creer que arrebatarse los afectos a alguien más es una excelente idea que la hará sentir mejor. Colmará sus vacíos. La hará feliz. Es así como posa los ojos en Leo. Su rabia sube al descubrir que somos novios. ¿Cómo él puede haberse fijado en mí, que no destaco precisamente por mi belleza? ¿Qué visto con ropa de segunda y mal vivo de la miseria que debe pagarme el abuelo, con los que, además mi familia y yo somos unos arrimados?

Capítulo 63

Sin embargo, su compañía no le produce la satisfacción que ella desea. Le gusta su forma de ser, tan jovial y positiva, pero a la vez lo repele porque mueve emociones en su ser que la asustan. Leo y yo nos miramos. Notamos cómo las extrañas formas parecen concentrarse alrededor de mi prima. Ella les ofrece pelea. Se aferra a lo que piensa es su prioridad: ganar admiradores, más que amigos; expresar a sus padres, más que demostrarles su amor y necesidad de su presencia. Recuperar a Leo para borrarle de su mente y corazón y hacerme sentir la más infeliz e indeseada del universo. El enjambre etéreo atraviesa su cuerpo como si de un cedazo se tratara. Milita grita con rabia, se mantiene firme en su sitio, mientras que nosotros hemos caído de rodillas, sin dejar de moquear y derramar lágrimas.

—¡Es una terca de remate! —espeto Quinto.

—¡Por qué se resiste! —grito a mi vez sin dejar de llorar.

—Tal vez —interviene Leo— porque ha vivido demasiados años en desamor.

—¡Tenemos que hacer algo o esas cosas la destrozarán!

—¿Qué si ni siquiera podemos movernos?

—¡Milita deja de luchar! —grito— ¡Esas cosas no te dejarán en paz hasta que aceptes tu realidad!

—¡Sí, Milita! —apoya Leo— ¡Te prometo que después todo va a estar bien!

—¡Eso! —tercia Quinto— ¡Aunque lo parezca, no estás sola! ¡Nos tienes a nosotros!

—¡Te ayudaremos a recuperarte! ¡Si quieres, estaré contigo cuando les digas a los tíos sobre tu problema! ¡Y que necesitas de ellos, no de su dinero!

—¡Tienes mi amistad sincera para siempre! —Quinto casi se desgañita— ¡Wow! ¡Nunca creí llegar a decir algo igual, pero lo hice y es sincero!

—¡Esas cosas nos han mostrado lo que éramos en el pasado y lo que somos hoy, prima! ¡Nada parece embonar en su lugar, pero depende de

cada uno conseguirlo en algún momento!

—¿Cómo?

—Comunicándonos.

Recuperamos la fuerza y el control de nuestros cuerpos. Podemos levantarnos. Milita se ha derrumbado en el suelo, aunque las estelas vaporosas no dejan de batirse sobre ella.

—Diferentes sucesos nos han separado últimamente —le tiendo mi mano a Leo y a Quinto—. Somos jóvenes y, muchas veces no sabemos cómo hablar al otro y hacerle ver que esa actitud negativa no lo conduce por un buen camino. O... si ves o sientes que algo marcha mal, no sabes cómo externarla y buscar soluciones juntos.

—Siempre hay que hablar —concede Leo.

—Siempre —acepto.

—Aunque las cosas duelan o te avergüencen.

—Dialogar nos ayuda a salir de la oscuridad en que hemos caído —Quinto esboza una sonrisa—. A la luz del día, los problemas no son tan grandes como pensamos.

—Y si tenemos a alguien que nos entiende...

—Se puede salir adelante.

—No estás sola, Milita —la rodeamos.

Capítulo 64

Ella permanece casi postrada en su lugar. Con su cabeza protegida entre sus brazos. Sacude el cuerpo ligeramente, como si tuviera mucho frío. Miro a Leo y a Quinto. Ambos consienten. Me inclino sobre ella para abrazarla y sobar con suavidad su espalda.

—Quiero que sepas, que a pesar de todo, siento cariño por ti. Y extraño esos días en que jugábamos juntas. Nos divertíamos mucho, ¿recuerdas?

Ella parece resoplar. ¿Aún sigue luchando? Levanta de pronto la cabeza y la vemos extremadamente irritada, con los ojos hinchados por el llanto y los mocos desparramados, escurriendo hasta por su barbilla.

—¡Sí! —espetá— Lo recuerdo y también lo extraño mucho.

—Milita...

—¡Me has hecho tanta falta, prima! —me abraza fuerte con toda la intención de no soltarme jamás.

—Y tú a mí también.

—Extraño la casa de los abuelos y ese enorme patio de atrás. ¿Recuerdas que hasta hacíamos carreras?

—Sí —río.

—¿Aún existe?

—Allí sigue.

—¿Por qué perdimos lo que teníamos?

—No sé —respondo después de unos instantes y miro a otra parte.

—Esas cosas se han ido.

—Deberíamos hacer lo mismo —sugiere Quinto.

Nos ponemos en acción un tanto atropellados, con toda la intención de no ceder oportunidad a lo que nos haya atacado. O, ¿debería decir mejor, escarbado hasta lo más profundo de cada uno? No paramos hasta dejar atrás el bosque. Continuamos por el mismo sendero, siempre escudriñando el entorno, porque no queremos más sorpresas como aquella. Su aspecto, a cada paso se transforma y nos volvemos a

encontrar con la vegetación de un principio: de árboles extraños, con hojas demasiado grandes, setos con frutos deliciosos, corrientes de agua que conforme la luz disminuye se vuelve fosforescente. Cuando la noche se declara total, la luz que despide la flora, es la que nos permite continuar porque, curiosamente no estamos fatigados y nuestras ganas de llegar a esa Gran Ciudad es nuestro impulso.

—¿Qué creen que pase cuando llegemos allí? —Quinto habla.

Capítulo 65

Desde que dejáramos el bosque no lo hemos visto liar ni un solo cigarro de mariguana. Ha perdido su locuacidad y se ve un tanto pálido, pero me parece que está bien.

—Nosotros no metimos la pata —espeto—. El chico alto fue el que se equivocó. Deberían ayudarnos a volver.

—Pienso lo mismo, pero...

—No tenemos idea de qué clase de seres son en realidad.

—Invadimos su mundo.

—Si ellos no hubieran provocado lo que provocaron...

Subimos una pendiente. Las rocas se multiplican y se levantan por encima de nuestras cabezas, como impresionantes monolitos. Advertimos que están colocadas en orden y la especie de pasto que nace en sus bases y brilla, nos muestra que se extiende por kilómetros, a derecha e izquierda.

—Creo que es una muralla —imagina Leo.

—Me siento pequeño —comenta Quinto al retomar camino.

En la lejanía, los últimos destellos de la luz que iluminaba nuestro día, se apagan, tal cual una estrella fugaz. Al mismo tiempo, árboles y plantas fosforescentes de gran tamaño despiden su luz. Hay cantos extraños, pero agradables al oído: silbidos, arrullos de aves parecidos al de los pichones. Cuando un bufido opaca las demás voces, los cuatro nos hacemos uno en medio del camino.

—Eso se escuchó muy cerca —asegura Milita.

Miramos hacia todos lados. Los cantos y chillidos se escuchan de nuevo.

—Oigan —ríe Quinto con intención de animarnos—. No necesariamente tiene que estar cerca. El rugido de un león se oye a kilómetros y quien lo escucha tiene la certeza de que lo acecha.

—Tal vez —concedemos, aunque no muy convencidos.

En un cuarteto muy compacto damos algunos pasos más, pero nos

detenemos de nuevo al advertir movimiento entre el sombreado follaje.

—Hay algo allí —señalo.

—Y por allá también —Milita apunta al otro extremo.

—Parece que nos rodean.

—¿Y qué? ¿Vamos a facilitarles la caza?

—¡Creo que es enorme! —espeta Milita.

—De acuerdo. Sin salirnos del sendero... ¡¡corran!!

Arrancamos como si tras nosotros fuera un enjambre de avispas. Atendemos las indicaciones de Leo de no mirar atrás. Con la mirada fija en el pedregoso caminito que el chico alto dijo nos conduciría a la Gran ciudad. Un grotesco bulto nos veda el paso. Los dorados ojos que nos miran nos dan la impresión que son diabólicos y estamos seguros que nos devorará en cualquier momento. Intentamos huir, pero otra bestia igual nos cierra el paso en la retaguardia y otros dos entes cierran el círculo que es aquella trampa. Las bestias bufan y el vaho caliente nos baña. Unas luces amorfas se agitan sobre ellas y me hacen recordar los extraños peces que habitan en lo más profundo de los océanos. Descienden en movimientos raros hasta detenerse ante nosotros. El miedo nos obliga a apretarnos unos con otros, sin atrevernos mucho a mirarlos.

—¿Qué hacen? —Milita solloza.

—No sé. No quiero ver —jadea Quinto.

—¿Qué esperan? —aprieto los dientes— Si van a devorarnos, que lo hagan ya.

Capítulo 66

Es Leo quien se atreve a romper el firme cascarón que formamos los cuatro. Luego lo sigo yo, Quinto y Milita. Los monstruos no son tales en realidad. Hay cuatro seres rodeándonos. Una tras otra aparta de su cabeza la capucha que la cubre y podemos distinguir rostros.

—Es gente alta —dice Leo, en medio de un profundo suspiro.

—¿Y por qué nos asustan? —reclama mi prima—. ¿No tienen educación acaso?

—Tal vez... no nos esperaban.

—¡Hola! —levanta una mano Quinto.

Avanzan un poco más hacia nosotros, obligándonos a estrechar el círculo que somos. Todos, sin excepción sobrepasan los dos metros de alto. La opaca luz de la flora circundante no nos deja ver con claridad su aspecto general, pero visten una especie de túnica que les llega hasta media pierna. El cabello les cae sobre los hombros y se extiende por su espalda. Creo distinguir un báculo en sus manos. Golpean con él el suelo y una luz estalla en su parte superior. Vemos las bestias que montaban: con la alzada de un elefante, enormes colmillos, pelambre moteado que arrastran.

—¿Te recuerda algo que hayas visto antes? —inquiero con Quinto.

—Es una especie de gato... gigante, claro.

—¿Dientes de sable?

—No sé... quizás.

Nos invitan a montar con ellos. Como si fuéramos pequeños de preescolar, nos toman en sus brazos para ayudarnos a hacerlo. Ellos montan con agilidad. Avanzamos por el camino sin mucha prisa. La Gran ciudad se ve cada vez más cerca. Las calles están trazadas perfectamente y, sin excepción, son de esa gravilla negra de un principio. Como el chico alto lo dijera, las casas que vemos están construidas de basalto y mármol. Hay mucha gente, de estatura mayor a la nuestra, en las aceras y nos miran con algo de curiosidad. Entre ellas distingo personajes de todas las edades, con o sin cabellos largos, barbados o lampiños, pero que portan adornos en la cabeza, de algún metal y con piedras preciosas. Conforme nos adentramos hay más iluminación, pero no procede de plantas o árboles luminiscentes sino de cristales verdes que flotan en pedestales de diversos tamaños. Conforme pasamos, los ciudadanos de la misteriosa

urbe regresan a sus hogares. No somos en verdad una gran novedad entre ellos. No sé si sentirme aliviada o llenarme de más miedo.

Paramos ante una estructura impresionante que se pierde en la oscuridad. El basalto impera en su gran mayoría, pero piso, columnas y algunos adornos de extrañas formas son de mármol. Nos ayudan a desmontar, señalándonos los escalones que miden el doble de los nuestros. Cuando llegamos arriba tenemos las piernas adoloridas, como si en un minuto hubiese hecho mil sentadillas. De nuevo estamos juntos. No nos atrevemos a decir nada. Nuestros ojos son los que dialogan. No confiamos mucho del lugar. Ni idea de lo que nos espera. El miedo se nos derrama por los ojos. Leo me toma de la mano. Su intento de sonrisa es como una garra siniestra contra una ventana; me provoca escalofríos.

Capítulo 67

Quinto se hurga los bolsillos. Está ansioso y seguramente piensa que fumar marihuana lo tranquilizará. El paquete con la hierba se le cae. Un guardia gigante la pisa y no puede recuperarla. Con dolida frustración ve cómo queda atrás. Milita mordisquea sus uñas. Me engancho a su brazo y la atraigo más cerca para abrazarla por la cintura. Sonríe agradecida y se olvida de sus uñas. El edificio aquel está vacío. Uno que otro cristal permanece flotante e iluminando. El resto descansa sobre su pedestal. Ellos también ahorran energía. Los muebles no son muy diferentes a los nuestros. Sólo son más grandes y de materiales cromados. Nos dejan en una habitación sin habernos dirigido la palabra en ningún momento. Lo que vemos en ella, estoy segura, que vendría siendo desde la perspectiva de un bebé de siete meses.

—No hay picaporte —observa Leo la puerta.

—Pues siquiera no nos lanzaron a un pozo oscuro, frío o húmedo
—Quinto va por la pieza, revisándola.

—Sí. La cama es bastante amplia. Podemos dormir en ella todos.

—¡Aquí hay comida! —anuncia Dueñas trepado en una silla— ¡Y se ve más que apetitosa!

Corremos para reunirnos con él y evitar que acabe con todo. Nos cuesta subir las sillas. Tal cual que a un bebé. Nos hartamos de fruta, pan (no tenemos idea de qué tipo de granos, pero delicioso), una carne muy suave, jugosa, la cual ni buscamos imaginar de qué clase de animal será.

Satisfechos, nos encaramamos (literalmente) en la cama, tendiéndonos a todo lo ancho. En cuestión de minutos, Quinto y Milita, en sincronizado dúo, roncan con sumo deleite. Cuando Leo busca otra posición en su lugar, se encuentra con mis ojos como platos.

—¿No duermes? —quita de mi rostro un mechón de cabellos y roza mi mejilla con sus dedos.

—No puedo.

—Hay que confiar en que ésta gente nos ayudará.

—No estoy preocupada por nosotros lo que nos aguarda mañana. Mi angustia es por Chavi. ¿Dónde está, Leo?

—Con el chico alto.

—¿Qué tal...?

—No —contiene el movimiento de mis labios—. Si te pones a buscar opciones van aparecer como por arte de magia. Chavi está con el chico alto y por lo que vimos, él posee alguna clase de poder. La va a proteger.

—Sí —esbozo una sonrisa.

Soy yo quien alarga entonces una mano hacia su rostro. Con mi dorso apenas rozo la zona donde le crece la barba.

—Te está creciendo vello.

—¿En serio? —se toca— Tenemos aquí más de tres días entonces. Es cuando me rasuro... cada tercer día.

—¿Crees que arriba nos estén buscando?

—Si Larios dio con el sitio por el que caímos, ordenará acordonarlo y no permitirá que nadie se acerque.

—¿Eso quiere decir que no?

Consiente con la cabeza, pero con mucha lentitud. Es una realidad que le cuesta aceptar.

—Tengo miedo —le confío.

—Yo también, Reny.

Impulsados por el mismo sentimiento, nos acercamos el uno al otro y nos abrazamos. Lloramos en silencio, sin lograr decir nada más. Luego, creo que nos dormimos.

Capítulo 68

El chasquido de una puerta al abrirse me despierta. Mis compañeros en la misma cama también están despiertos. Miramos hacia la puerta abierta. Tras el umbral, los mismos guardias que nos escoltaran hasta ahí, esperan en el pasillo.

—Al mal paso hay que darle prisa, ¿no?

Quinto es el primero que se espabila y deja la cama de un salto. El resto lo seguimos casi al mismo tiempo. No hacemos el mismo trayecto de la noche anterior. Vamos por otros corredores. Hay muchas personas altas que siguen igual la ruta, pero mientras ellos se desvían por pasillos laterales, a nosotros nos conducen por uno totalmente vacío y carente de pedestales con cristales flotantes. Nos miramos con aire confuso y preocupado.

—Si salimos a una arena de pelea —comenta Quinto entre susurros—, estamos muertos.

Miro sobre mi hombro cómo el pasillo que queda atrás se envuelve en la oscuridad y, en frente, una luz cambiante se vuelve más brillante. Primero es de un tenue color violeta que pronto muta a rosa y luego a un color durazno muy bonito.

Con la sensación de que me cae encima un balde con agua extra fría, salimos a una arena colosal. Los habitantes de la Gran ciudad llenan las gradas de mármol y permanecen en absoluto silencio.

—¿Qué van a hacernos? —Milita busca mi mano.

Niego con la cabeza porque hablar no puedo. Nos dejan al centro del inmenso redondel. Caminamos en nuestro sitio, paneando a la multitud que quizás está ahí para ver cómo sus guerreros nos hacen papilla.

—¿Qué va a pasar? —inquiero con gravedad.

—No sé.

—Corramos —anima Quinto.

—¿A dónde, idiota? —espeta Leo a su vez.

—Adonde sea, pero hagamos algo.

Seguimos en nuestro sitio y ellos en el suyo. Sólo mirándonos sin decir

una sola palabra. A la espera, quizá, de sus héroes.

—Quiero a mi mami —solloza Milita.

—No llores —conmino.

—¡No sé qué más hacer!

Hago de mis manos puños y enarco con decisión mi ceja derecha.
Mamá, papá, abuelos, Nadia... Chavi. Ustedes son mi fuerza.

Capítulo 69

—¡Qué es lo que quieren de nosotros! —grito.

—Reny, no.

—¡Déjame! —escapo de sus manos y encaro a la multitud— ¡Qué quieren! ¡Díganlo! ¿¿Saber por qué estamos aquí?? ¡No fue algo que planeáramos! ¡Mi hermanita cayó por ese embudo de gravilla negra y, buscándola, nosotros también! ¡Pero no era nuestra intención perturbar sus vidas!

—Ninguno se inmuta —observa Quinto—. Creo que no te entienden.

—¡Claro que sí! Hablamos con el niño alto. ¡Por favor! ¡Sólo queremos volver a casa!

—¡No hablaremos con nadie de este lugar! —Leo me secunda.

—¡Nadie nos creería! —ríe Quinto— ¡Dejen de fumar porquería nos van a decir! ¡Qué loco je, je, je...! ¿No?

—No funciona —observa Milita con angustia—. ¿Qué esperan?

—A sus guerreros... tal vez.

—¡Somos gente de paz! —me desgañito de nuevo— ¡Imperfectos, pero decididos a cambiar y ser mejores! ¿¿Verdad, muchachos??

—¡Sin duda! —aceptan en coro.

Cero reacciones. No se mueven en sus asientos, no intercambian miradas o palabras entre ellos.

—¿Qué más les digo? —consulto.

—Todo lo que acuda a tu cabeza.

—Sí, Ranita, vomita copiosamente.

—¡Ay, qué asco!

—Palabras, Milita. Palabras.

—¡Villa Aldama, nuestra comunidad no destaca en nada en el país! ¡Pero lo conforman gente de trabajo arduo, que se levanta a las tres o cuatro de la mañana para salir a los campos y hacer producir la tierra!

¡Hay muchos problemas y divisiones también! ¡Pero casi puedo asegurar que quienes deseamos progresar y hacer crecer Villa Aldama, somos más! ¡Desde fuera, nos miran como una mancha oscura en medio de un valle verde y productivo, pero si se dieran la oportunidad de conocernos por dentro, se llevarían una mejor impresión! ¡Por favor... allá arriba están nuestras familias... angustiadas por no saber nada de nosotros! ¡Esto no debería estar sucediendo, pero por un accidente aquí estamos! ¡Estoy segura que pueden ayudarnos a volver con los nuestros! ¡Por favor... ayúdenos!

—¡¡Ayúdenos!!

Callamos. Ellos igual. Miro a Leo, a Quinto y Milita.

—No quieren escuchar —sollozo.

—Lo hiciste muy bien —sonríe Leo.

Me tiende una mano y la tomo. Tiendo la mía hacia Milita y la toma también. Ella a su vez ofrece la suya a Quinto, hasta unir las todas.

—¿Sabes? —toma la palabra— Creo que necesitaba una experiencia como ésta para darme cuenta que en verdad estoy listo para hacerle frente a la nueva situación de la familia. Jamás voy a ser como el viejón, pero puedo seguir muchos de sus ejemplos.

—Claro que sí.

—Yo —Milita nos mira— he vivido engañada por mí misma desde que tengo uso de razón. Convenciéndome de que entre más me daban mis papás cosas, más me querían. He sido tan tonta. Si tuviera la oportunidad, rechazaría todo eso para exigir sin dudas ni miedo que es a ellos a los que necesito.

Capítulo 70

Aprieto un poco más su mano felicitándola por ello.

—Los últimos dos años han sido duros para la familia —ahora es Leo el que se atreve a hablar—. No tengo idea por qué el tío Roque ha inventado tantas cosas contra mamá. Está mal. Siempre lo ha estado. Papá lo dice, pero... ha cruzado el límite y nos lastima a todos. Si tuviera la oportunidad iría a buscarlo para aclarar, a como dé lugar todo. No le voy a permitir que despedace a mi familia.

Le sonrío, consintiendo en su determinación.

—A nosotros nos ha llovido sobre mojado —es mi turno— y más de una vez. Pero... a pesar de las batallas perdidas, los corajes, las lágrimas... mi familia parece estar hecha de los mismos muros de este lugar. A pesar de golpe tras golpe, jamás se raja ni se derrumba. Se tambalea un poco a veces, pero nunca cae. Y... creo que es porque los cimientos son fuertes y... están hecho de mucho amor.

—Es lo que siempre he envidiado de ustedes. ¿Por qué mis padres no son como los tuyos?

—No se dan el tiempo para serlo, quizás —imagina Quinto.

Ella consiente y nos quedamos callados, en espera de lo que sea que nos tengan preparado esta gente extraña. Cinco, diez segundos después, haces de luz flotan a nuestro alrededor. Se posan sobre la arena y, una tras otra, van tomando forma. Son seres altos que portan báculos adornados con cristales. Entre ellos está el chico que conociéramos en el trayecto y a su lado está Chavi, con la Peluzza en sus brazos.

—¡Reny! —hace el intento de correr a mí, pero el muchacho se lo impide, interponiendo el bastón.

—Chavi —mi grito es apenas un hilillo de voz.

—No puedo moverme —Leo busca dar un paso.

—Yo tampoco —asegura Quinto.

Ninguno podemos hacerlo. Nuestros pies están anclados.

—¿Quiénes son ustedes? —inquiero.

—Considérenos simples Observadores —uno de ellos, de túnica muy

diferente a la de los demás se adelanta ligeramente.

Tengo un escalofrío al advertir que no toca el suelo, sino que flota.

Capítulo 71

—Por favor, señor —trago con dificultad—, déjenos ir.

—Se produjo un error que no puede ser ignorado.

—¡Pero no nuestro! —protesta Quinto—. ¡Si quiere castigar a alguien, castigue al niño alto! Nosotros solo somos un efecto colateral.

—Sí, eso es verdad, pero ninguno debería estar aquí. Ahora saben de nosotros...

—Hace tiempo que lo sabemos.

—Quinto —reprende entre dientes Leo.

—Lo que saben —el hombre de apariencia anciana, pero de porte regio esboza una sonrisa— es más imaginación que verdad.

—¿Planean invadirnos?

—Quinto...

—Quiero saber.

—Como he dicho antes, somos sólo Observadores. No es de nuestro interés someterlos.

—¿Y desde cuándo nos observan? ¿A qué conclusiones han llegado? ¿Sagan y Hawking tenían razón?

—Nuestra civilización es tan antigua como la suya y es la única pregunta que responderé.

—¿Por qué?

—Porque formularás otras y no estamos aquí para eso.

—¿Nos ayudarán a volver a casa?

—Lo haremos —sujeta el báculo que reposa en la arena de manera de guiarlo a nosotros.

—¡Un momento! —Leo habla al tiempo que muestra la palma de su mano extendida en stop—. ¿Qué es exactamente lo que hará?

—He de borrar de sus mentes todo lo que han vivido desde su llegada.

—¿Todo? —nos miramos con aire contrariado.

—Todo —consiente.

—Pero...

—¡No puede hacernos eso! —grita mi prima con dejo de angustia—
¡Volveremos a lo que éramos antes y no creo que nadie lo quiera! ¿O sí?

—No —aceptamos.

—Si les preocupa que hablemos de ustedes olvídense; nadie nos creería.

—No tienen derecho a robarnos lo que hemos ganado aquí en estos días. De vuelta al miedo a hablar, a mantener escondidos nuestros pensamientos para no ofender o faltarle el respeto a nadie. A ser simples espectadores mientras la familia se desmorona. A ser esclavos de aquello que aletarga nuestras vidas, por la creencia de no estar capacitados para salir adelante.

—No nos quiten eso, por favor. Borren todo lo demás, pero no ese encuentro con nosotros mismos.

Capítulo 72

El hombre alto y viejo nos mira por breves momentos. Luego, sus ojos que destellan con una luz esmeralda se vuelve a los que lo acompañan, para finalmente mirar al graderío lleno. Los espectadores se ponen de pie uno tras otro, como la famosa ola en los estadios de fútbol. Sólo que no vuelven a sentarse. Lo que significa para nosotros no es claro. ¿Qué harán ahora? ¿Levantar el puño, su dedo pulgar y luego volverlo hacia abajo? Siento que el corazón me palpita con fuerza; de miedo, de ansiedad, de apremio para que suceda ya lo que deba suceder.

El anciano clava de pronto el báculo en la arena y una luz, de una blancura incandescente nos vela los ojos. Tal y como lo hace un intenso relámpago. Cruzo mis brazos ante ellos para protegerlos y cuando los aparto, una ligera oscuridad me rodea.

Levanto medio cuerpo con sobresalto. Miro alrededor y veo en las paredes que rodean los cuadros característicos de la recámara que comparto con mis hermanas: el crucifijo en la cabecera de mi cama; la pieza de teja con la imagen de la Guadalupana. El almanaque que nos regalara el herrero a principios de año y que tenía ya menos hojas. Me asomo un tanto desesperada a la cama de abajo y veo a Chavi, profundamente dormida y muy cerca de ella, acurrucada, a la Peluzza.

—¿Fue un sueño? —la duda intenta atraparme.

Pero todo es tan claro en mi memoria que estoy segura de que no es así. Salto hacia la cama vacía, me visto lo más aprisa que puedo y dejo el cuarto. La sala se viste de claridad cada vez más. Veo la hora en el teléfono fijo: 5:50. Un deseo acuciante me invita a salir de casa. Afuera, hay un delicioso viento fresco, impregnado a tierra mojada. El cielo está pintado de grises y oscuros, pero me parece maravilloso. Veo los árboles en nuestro jardín, el sinnúmero de plantas de la abuela, de un verde intenso que me resulta radiante; igual las flores. No distingo a una de otra, pero aprecio su belleza y fragancia. Huelo las más cercanas. Sigo el caminito de ladrillo viejo para ir en busca de Leo y lo veo venir con prisa, adentrándose al limpio patio.

—¿Lo recuerdas? —sonríe, tendiéndome sus manos.

—Claramente —confirmo.

—Entonces...

Un agudo silbido opaca sus palabras. Vemos por el otro extremo acercándose a Quinto, con unos pantaloncillos aguados y una camiseta rota por varias partes: su pijama, tal vez. Con el rostro iluminado como

hacía tiempo no le veíamos.

—¿A que no adivinan quién viene corriendo por la calle, con sus piernitas de palillo de dientes sacándole fuego? —se nos une.

En cuestión de segundos, Milita está con nosotros. Transpira profuso, pero no le importa. Tampoco se detiene a recuperar el aire; habla agitada.

—Desperté y todo lo que pasó anoche seguía en mi memoria. Entonces dejé la cama y corrí a la habitación de mis papás como solía hacerlo cuando tenía cinco años y les decía que tenía miedo. Claro que no lo tenía, sólo quería dormir con ellos y que su calor me arropara. En fin, salto a su cama, los despierto y les suelto como una vomitada lo que me pasa, cómo me siento y lo desesperadamente que los necesito. ¡Uf...! —toma un poco de aire y nosotros no tenemos la intención de interrogarla de manera alguna— Cuando termino, me desinflo entre ellos y simplemente los miro. No sé el tiempo que pasa, no mucho porque en el reloj de papá no eran ni las seis. Se miran y mamá dice: “Te dije que algo no estaba bien”. Papá mueve la cabeza afirmativamente. Luego, de común acuerdo me abrazan y empiezan a decirme que no debo preocuparme, que no estoy sola y vamos a salir juntos de esa situación. ¡Hoy mismo me llevan con un especialista!

—¡Qué bueno, Milita! —la abrazo.

Leo y Quinto nos abrazan también. Una ligera lluvia comienza a caer sobre nosotros, al tiempo que un retumbo suave del cielo nace en algún punto no muy lejano. Empieza a rodar, acercándose más y más. Entonces un estallido de luz, mezclado con un potente trueno nos ciega y arranca un grito colosal. Pero es un grito que, a más de llenarnos de miedo nos ayuda a liberar toda la tensión que arrastrábamos de semanas, meses y hasta años. La lluvia cae con más fuerza. Levantamos el rostro para disfrutar las frías gotas; reímos. A carcajadas.

Ninguno tiene idea de lo que le depara el futuro, pero no tenemos prisa por conocerlo. El día a día es el importante y no permitiremos que nadie lo vista de sombras.

Fin.